

FÉLIX PAL

EL DILEMA DE
EDUARD BLOCH

EL **MÉDICO** JUDÍO DE
LA FAMILIA **HITLER**



TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

EL DILEMA DE EDUARD BLOCH

EL MÉDICO JUDÍO DE LA FAMILIA HITLER

FÉLIX PAL

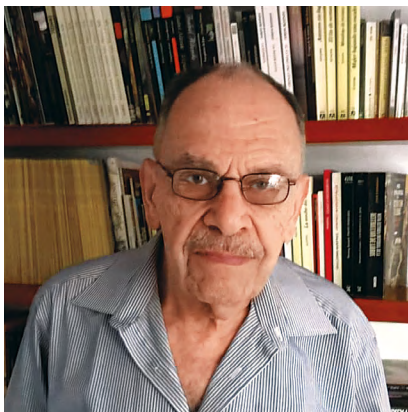
Bloch nació en Frauenberg (hoy República Checa por entonces perteneciente al Imperio Austro Húngaro), estudió medicina en Praga. Se estableció en la ciudad Linz y allí se convirtió en el médico de la familia Hitler. El primero de la familia que Bloch trató fue Adolf. En 1904, Hitler había enfermado gravemente y estaba postrado en cama debido a una severa enfermedad pulmonar. En 1907, a la madre de Hitler, Klara, se le diagnosticó un cáncer de mama. Murió el 21 de diciembre. Debido a la mala situación económica de los Hitler, Bloch redujo sus honorarios y en ocasiones ni les cobró. Adolf, de 18 años, le escribió a Bloch una tarjeta postal que le aseguraba su “eterna gratitud y reverencia”. Después de la anexión de Austria en marzo de 1938 (Anschluss), la vida se volvió más difícil para los judíos austríacos. En esa época le escribió una carta a Hitler solicitando su ayuda y, como consecuencia, recibió una protección especial de la Gestapo. Con el aval de Hitler, Eduard y su mujer pudieron partir en 1940 hacia Estados Unidos, radicándose en Nueva York. Bloch fallece a sus 73 años en Nueva York a mediados de 1945.

Sobre la base de esta historia, Félix Pal construye una novela donde se imagina que antes de la entrevista con Hitler para solicitar sus pasaportes, Bloch es invadido por sueños que le exigen matarlo: “Ahora o nunca, es tu última oportunidad para acabar con el nefasto, una sola bala cambiará el curso de los acontecimientos y salvará millones de vidas.” Excelente novela, donde la maestría del estilo de Pal atrapa al lector desde las primeras páginas.

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

FÉLIX PAL



Nació el 29 de agosto de 1934 en el Hospital Israelita de Buenos Aires. Sus padres vivían en el difuso límite entre el Once y el Abasto, en Ecuador entre Sarmiento y Corrientes en la Ciudad de Buenos Aires. Se recibió de médico en 1959 para luego dedicarse a la especialidad de Alergia e Inmunología. Durante el transcurso de su carrera fue desarrollando una perspectiva humanística que lo llevo a interesarse en la relación del ser humano con su cultura. Hace muy pocos años empezó a escribir. Publicó *Un día como cualquier otro* (Editorial Topía, 2018).



Colección AUTORES HOY

Diagramación E-book y arte de tapa: Mariana Battaglia.

Imagen de tapa: Montaje sobre *Eudard Bloch on Collier's magazine* de Carlangelo Carrese

Pal, Félix

El dilema de Eduard Bloch : El médico judío de la familia Hitler / Félix Pal. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2024.

Libro digital, EPUB - (Autores hoy)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4025-94-4

1. Judaísmo. 2. Nazismo. 3. ficción general. I. Título.

CDD A863

© *Editorial Topía, Buenos Aires, 2024.*

Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3º "A" Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados.

Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

EL DILEMA DE EDUARD BLOCH
EL MÉDICO JUDÍO DE LA FAMILIA HITLER

FÉLIX PAL

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

INDICE

I

II

III

IV

“Mi pueblo, suponiendo que tenga uno”,
escribió Franz Kafka.

*Kafka y Walter Benjamin “fueron hombres en tiempos de
oscuridad”, que se sabían rechazados en Europa como judíos,
y no podían ni deseaban “volver ni a las filas del pueblo
judío, ni al judaísmo”:*

Hannah Arendt

I

Pocos días después de lo que parecía ser el fin de la gran tragedia que enlutó a la humanidad y que lo había obligado a exilarse, la duda que lo acosó durante buena parte de su vida volvía a mortificarlo, mientras el cáncer de estómago lo acercaba, inexorablemente, a un final penoso. Los largos y, en su mayor parte, gratos años dedicados a la atención de pacientes en la lejana Linz, desfilaban en su mente que nunca había dejado de esforzarse por recordar aquellos tiempos felices, en especial su cordial relación con la familia de Alois Hitler. Todo aquello había sido absolutamente sobrepasado por los terribles y luctuosos acontecimientos posteriores que, para él, se revistieron de un manto aún más tenebroso a raíz de aquel yerro fatal, aquel temor imbécil producto de una cobardía imperdonable que lo llevó, en el instante decisivo, a dejarse envolver por las artimañas del pérfido personaje, a pesar de la claridad con que los extraños sueños habían expuesto las cartas sobre la mesa. Las imágenes se habían reiterado, implacables, luego de una primera oportunidad, acomodando su danza de tal modo que sirvieran para alimentar feroces pesadillas que, en extensos períodos, lo martirizaron, tenazmente; durante ellos sólo conoció treguas transitorias. Ahora agradecía el hecho de que esas presentaciones se hubiesen extinguido en suelo americano. Pero era él mismo, ante el inexorable final, habiéndose mostrado incapaz de archivarlas definitivamente, el que volvía a convocarlas, muy a su pesar.

Todo comenzó pocos días después de haber recibido la tarjeta postal mediante la cual, el adolescente Adolf le había hecho llegar su agradecimiento por la atención que él había dispensado a Klara, su madre, afectada por una enfermedad incurable. El joven utilizó en este mensaje palabras que lo conmovieron y jamás olvidaría: “Le deberé eterna gratitud” (*Ich werde Ihnen ewig dankbar sein*).

Una mañana, pocos días después de aquel gratificante reconocimiento, despertó alterado por extrañas y aterradoras escenas que, a diferencia de lo que suele ocurrir con los sueños, recordaba íntegramente, hasta en sus mínimos detalles. Esas estampas eran acompañadas de un fondo sonoro que evocaba el rumor de multitudes, al tiempo que escuchaba las guturales palabras expresadas con inusitada vehemencia por un personaje de mediana edad que, no tenía la menor duda, era ese mismo joven agradecido, avejentado por el transcurso de un cuarto de siglo, por lo menos. A pesar de la entrecortada audición del discurso, pudo discernir que este expresaba un tajante odio hacia los políticos y que se encarnizaba especialmente con los judíos, momento en el cual la representación cambiaba, permitiendo vislumbrar a personas vestidas con harapos a rayas que parecían constituir el uniforme que portaban esos seres esqueléticos, consumidos. Esta aparición se alternaba con otra, misteriosa, que mostraba altas chimeneas de las cuales emanaba un humo grisáceo. Y Eduard era judío.

Él, que se consideraba un cabal ciudadano del imperio Austro-Húngaro, no practicaba la religión de sus ancestros con los que se sentía muy laxamente unido, pero solía, no obstante, leer con cierto interés una revista de la comunidad que publicaba artículos de un médico de Viena, Sigmund Freud. Gracias a ellos, y a su propia experiencia, comprendió la excepcional naturaleza de aquella historia onírica: la contundencia y persistencia de su

carácter y el insólito eco que reforzaba el aparente mensaje. Si el neurólogo vienes tenía razón, ¿qué le estaba diciendo su inconsciente? ¿O este sueño era otra cosa, bien diferente, algo así como una advertencia, una premonición? Pero ¿Qué tenía que ver con ese muchacho? Que, si bien era un poco raro y bastante vago, él comprendía que estaba transitando una etapa reconocidamente inestable de la vida. Por un momento estuvo tentado de viajar a la capital para consultar con el prestigioso y a la vez polémico colega, pero triunfó cierta timidez que lo llevó a desistir de un paso que se le antojaba demasiado arriesgado.

La respuesta sobrevino junto a un convulso despertar, pocas semanas después, cuando el mismo personaje, más nítido esta vez, que ahora indudablemente era un Adolf ya mayor, se superponía con un espectáculo de fusilamiento de personas que, sin duda alguna, por el atuendo de algunas de ellas, eran hebreas. Los cuerpos caían en una gran fosa excavada en un bosque. Si bien en un primer momento experimentó alarma por el contenido y la peculiaridad de la pesadilla; su carácter bonachón y la reserva que creyó prudente mantener para no involucrar a un paciente perteneciente a una familia conocida, lo llevaron a evitar comentarlo. Ni siquiera a su esposa mencionó este extraño asunto. Pero no podía olvidarlo, ni considerarlo el producto de una alucinación provocada por alguna substancia de moda, como los barbitúricos, la cocaína o la anfetamina, porque él nunca las había probado.

Después de haber gozado de descansos tranquilos, poblados de visiones habituales, una mañana despertó alterado por un nuevo cuadro, tan diáfano como los anteriores y sin duda alguna, dotado de su extraña naturaleza, pero muda esta vez. Se trataba de un gigantesco cartel que contenía, sobre un fondo blanco, una inscripción redactada con grandes caracteres en letra gótica

y color negro que decía: “Está en tus manos detener la tragedia, debes eliminar al demonio”.

Desde esa mañana fueron de dos tipos los acontecimientos que lo persiguieron, acompañados o no de acústica, según el caso. Ellos comenzaron a aparecer intempestivamente, también durante las horas de vigilia, haciendo vanos sus esfuerzos por olvidarlos. La persistencia de esta intrusión en su tranquila vida de médico de una ciudad del interior, no logró quebrar la determinación que lo llevaba a mantener a toda costa el secreto de la existencia de esas raras experiencias. Después de cierto lapso, tuvo noticias de su antiguo paciente gracias al comentario de otro judío de Linz que, sumamente disgustado, lo puso al tanto respecto a las andanzas de Adolf. Este amigo, funcionario civil del estado austríaco, le comentó que el varón menor de los Hitler había huido a Munich para eludir el servicio militar en su país. Intentó entonces tranquilizarse pensando: ahora menos que nunca debo preocuparme por él y sus absurdas peripecias.

Poco tiempo después, lejos de Linz, el mundo comenzó a sufrir imprevistas convulsiones. La primera guerra mundial, un conflicto que en sus inicios parecía destinado a prolongarse sólo unas pocas semanas, se convirtió en una delirante tragedia sin epílogo previsible. La comunidad donde Eduard se desempeñaba, vio partir con irreflexiva indolencia a sus jóvenes. Luego, la desolación se apoderó de muchas familias que lloraban su pérdida o los recibían mutilados a su regreso. Una vez finalizado el conflicto que ocasionó cuatro años de carnicería y luto, seguidos por la derrota y el desmembramiento del imperio, el Dr. Bloch creyó por un momento que también había concluido el calvario que le impedía descansar y que lo había martirizado, pues el asunto pareció haberse desvanecido. Poco le duró la calma porque, en el

año 1919, cierto día despertó distinguiendo claramente un nuevo cartel diagramado como el anterior, cuyas palabras lo inquietaron más aún: “Ahora o nunca, es tu última oportunidad para acabar con el nefasto, una sola bala cambiará el curso de los acontecimientos y salvará millones de vidas. Todo está en tus manos”. Era un enigmático e incomprensible ultimátum. “¿Qué se supone que debo hacer? Es ridículo que me preocupe por semejante pavada que, no obstante, me intranquiliza. Además no sé qué se ha hecho de Adolf, porque si a él se refiere el mensaje, no lo he vuelto a ver, ni he sabido nada de sus correrías. Con un poco de suerte, este aviso no va a persistir como los anteriores”-pensó ese día, pero se equivocaba, la nueva información lo acompañaría durante unos años, hasta desaparecer para siempre en el período que precedió a la noticia publicada en un diario local que lo inquietó; allí figuraba Adolf entre los integrantes de una agrupación patrioter alemana, violentamente antisemita.

Su recelo se incrementó cuando trascendió el intento de golpe de estado que había fracasado en Munich: los medios austríacos resaltaban que Adolf había sido uno de los líderes sobrevivientes a la refriega y que había adquirido cierta popularidad en los círculos de la extrema derecha, gracias a su activismo en una de las más populares cervecerías de esa ciudad. Esos establecimientos eran cita obligada de los grupos más fanáticos del nacionalismo germánico. “No entiendo, ¿cómo aparece entre los dirigentes de un partido alemán, si él es austríaco? De todos modos está preso por un delito grave que, presumo, tendrá una condena prolongada que quizás le sirva de escarmiento, aquel muchacho díscolo se transformó en un adulto problemático”.

Una mañana, nueve meses después, el desasosiego sacude a Eduard al leer en el periódico la noticia que da cuenta de la libe-

ración de su antiguo paciente. “Durante el juicio informaban que el delito que cometió podría acarrear una condena a perpetuidad, no entiendo esta apresurada excarcelación”-pensó preocupado, para reprocharse poco después- “cuidé de toda su familia durante años, no debo dejarme llevar por mis fantasías que sólo engendran temor, quizás el fracaso le sirvió para atemperar su fanatismo”.

Aunque no pudo dejar de preocuparse por el creciente antemitismo reinante después de la Gran Guerra, dejó de interesarse, durante un buen tiempo, por la suerte corrida por el vástago de los Hitler.

A fines del año 1929 el descalabro económico originado en la caída de la bolsa de valores de Nueva York, recorrió el mundo. El fantasma de la crisis se encarnizó especialmente con esa Alemania que, aunque había logrado recuperarse en buena medida de las consecuencias de la derrota, exponía todavía las huellas de aquel amargo infortunio. El nuevo y brutal desorden financiero que acarreó altas tasas de desocupación y pobreza, fue el caldo de cultivo para el resurgimiento de las agrupaciones nacionalistas. Por lo tanto, no es de extrañar que Eduard encontrase nuevas alusiones atinentes al activismo de Adolf en el convulsionado país vecino. Este hecho lo motivó a buscar en los comentarios políticos referidos a la situación alemana, cualquier referencia que lo mencionase. Poco a poco, su preocupada curiosidad no necesitó de ningún esfuerzo adicional, el nombre de Hitler pasó a ser citado con gran frecuencia. Hasta que, primero se convirtió en la figura dominante de la furibunda extrema derecha alemana, protagonizando un meteórico ascenso que lo llevó a lograr la unificación de todas las corrientes de ese signo. La culminación fue su investidura como canciller. “Está ahí gracias, en buena medida, a su brutal discurso

antisemita, cada vez entiendo menos”. Sin poder dejar de pensar en aquellos extraños sueños, ausentes durante tanto tiempo, Eduard, con un convencimiento menguante, se resistía a relacionarlos con los sucesos de esos días.

Sus comentarios, respecto a la creciente violencia contra los judíos al otro lado de la frontera, tema ineludible en Austria, esquivaron cualquier referencia a su antigua relación con la familia del dictador que hipnotizaba a los alemanes y gozaba de creciente adhesión en su patria. Allí había nacido el malabarista que parecía seducir a cada vez más gente. Hasta que un día Emilie, su mujer, lo encaró sin vueltas.

-¿No fuiste el médico de los Hitler durante muchos años?

-Sí.

-También este chiflado fue tu paciente, si no me engaña la memoria. Sin embargo, hablás de él como lo haría cualquier persona preocupada por sus discursos de odio, no como alguien que no sólo lo conoció, sino que también fue su médico.

Pretendiendo dar poca importancia al dato -Era un niño, después un muchacho y por último, dejé de verlo.

-Parece no preocuparte que a nosotros también nos deteste ¿O te ilusiona la descabellada idea de que, por conocerte, haría una excepción? Te recuerdo que yo soy Kafka, tan judía como los Bloch, o los Grimberg, o los Levi.

-Esto es Austria.

-Para ponerse a imitar a los del otro lado de la frontera, a muchos de nuestros vecinos sólo los detiene la inestable democracia que tenemos, no es para hacerse muchas ilusiones -fueron las palabras que usó Emilie para rechazar la aparente serenidad de su esposo.

Las preocupaciones de ella se vieron confirmadas tiempo

después, cuando las tranquilas calles de Linz fueron sacudidas por el paso de las claveteadas botas de las tropas alemanas, palpable evidencia de la anexión del pequeño país por parte de su prepotente vecino, con quién compartía el idioma. La implantación de estrictas leyes raciales que afectaban a las minorías gitana y judía, fueron una de las primeras consecuencias.

La mañana siguiente Eduard se apuró a leer las noticias en el periódico, preso de una ansiedad poco habitual en él. Emilie no necesitó palabras para comprobar que, por fin, su marido abandonaba el ficticio refugio de sus fantasías de seguridad. Esperó pacientemente a que terminara la lectura de los titulares de la primera plana y se dirigiera a ella embargado por una inocultable angustia.

-Estamos atrapados. Desde mañana, para salir a la calle, tendremos que tener una estrella de David amarilla en nuestra ropa—agregando con palabras entrecortadas -me van a expulsar del hospital y sólo podré asistir a pacientes judíos.

Pocos días después se enteran del incendio de una sinagoga en Viena, de la destrucción de sedes de instituciones de la colectividad en la capital y de las palizas callejeras sufridas por judíos religiosos.

Envueltos por esta situación, cada vez más amenazante, perciben claramente el distanciamiento de muchos amigos y conocidos, a los que no tienen más remedio que disculpar, en vista del clima imperante.

-Viejos compañeros como los Schicklgruber o los Wagner no han dicho una palabra, pero nos evitan como si tuviésemos la peste. Pocos vecinos nos siguen saludando.

-Tienen miedo Eduard, no los culpo, los diarios y las radios difunden amenazas para los cristianos que ayuden o tan siquiera

traten con judíos.

-Si esto se prolonga, tendremos que pensar en emigrar a otro país y eso no es nada fácil ahora, estos degenerados planean negarnos el pasaporte y, por otra parte, a nadie seduce el recibir judíos en estos tiempos, -agregando a continuación, mientras se esfuerza por no revelar eso que tanto lo preocupa- no puedo dejar de pensar que el principal responsable de nuestra desgracia se refirió a mi persona con palabras elogiosas.

-Fuiste un médico desinteresado y cariñoso en el trato con mucha gente de esta ciudad, incluyendo a su familia, a la que acompañaste y consolaste cuando murió su madre.

-Es que los apreciaba, especialmente a Klara y a Adolf.

-Nunca me iría abandonando a Trude, a Franz, a nuestros nietos.

-Quizás esta locura dure poco... ya soy mayor, tenemos ahorros y todavía me consultan pacientes de la comunidad, porque otros médicos no los quieren recibir. A Franz tampoco le va mal, pero su alejamiento del hospital perjudica su carrera.

-No te engañes, para los chicos es peor que para nosotros. Se sienten tratados como leprosos.

El aislamiento y el fantasma del paulatino acorralamiento que hizo carne en los Bloch, era el resultado de una feroz campaña gubernamental que usaba con notable eficacia al periodismo, la radio y los cada vez más frecuentes y concurridos mitines del partido nazi. Todos estos medios incitaban al desprecio desenfrenado hacia todo lo que, a sus ojos, no era genuinamente germano.

Pocos meses después Trude, Franz y sus dos hijos, consiguen abandonar Austria.

La percepción del peligro adquirió para los mayores la dimensión de lo inminente cuando Eduard, que comenzaba a leer el

diario una fría mañana de noviembre, refirió con voz entrecortada, los sucesos ocurridos durante la noche anterior, un brutal pogromo en Alemania, el más mortífero en la trágica sucesión de estos hechos aberrantes que Europa tan bien conocía.

-Creo que esto me está volviendo loca, se me dio por pensar que podrías escribirle al desgraciado ese que, en su momento, elogió con tanta vehemencia tu dedicación cuando atendiste a su mamá. “Ese judío noble”, dijo, refiriéndose a vos en alguna ocasión.

-Mirá lo que se te ocurre, podría ser un arma de doble filo-respondió Eduard con un dejo de ironía.

-Peor no podemos estar y, quién te dice, a lo mejor Adolf nos da una mano.

-¿Pedirle algo?, ni soñando. Para disuadirnos solo basta con leer, o mejor escuchar, cualquier discurso suyo.

-Los conozco tan bien como vos, me aterrorizan, como a todos nosotros. Sin embargo, te pido que lo pienses.

-Lo haré.

El pobre Eduard no pudo evitar la recomendación de su esposa; el asunto se apoderó de sus cavilaciones. Esa noche, cuando las creía pertenecientes a un pasado guardado bajo siete llaves, las viejas pesadillas lo asaltaron con renovado vigor pero idéntico contenido.

Despertó espantado y cubierto de un frío sudor “¿Han prorrogado mi última chance? ¿Quién? ¿Quiénes se arrojan el derecho a tratar de convertirme en asesino de un antiguo paciente y, de ese modo, abjurar de lo que he prometido cuando me otorgaron el título de médico y de lo más valioso que he creído en mi vida y ha guiado mis actos? No puedo arrojar mi reputación a los perros, guiado por un impulso de dudosa procedencia.”

Su inusitada agitación nocturna, terminó despabilando a Emilie.

-¿Qué te ocurre?

-Tuve una pesadilla.

-Bueno, con todo lo que está pasando no es nada raro. Calmate y tratá de volver a dormir.

Sentándose en la cama -Es igual a una que tuve hace muchos años.

Destilando escepticismo -¿Cómo vas a recordar algo tan lejano?

-Porque su extravagante contenido ha sido siempre tan nítido como espantoso. Alguien me incita a asesinar a Adolf.

Irguiéndose alarmada-¿Enloqueciste? ¿Qué es eso de matar a ese cretino?

-Me despabilé con gran susto, después de volver a divisar, mientras dormía, un gran letrero que tiene escrita una inscripción que afirma que, si lo hago, salvaré millones de vidas. Que es mi última oportunidad. Que un solo proyectil es suficiente.

-¡Qué raro! Un crimen encargado por medio de un sueño, no te noté especialmente alterado estos últimos días.

-No más de lo que lo estamos todos en estos tiempos. Siempre fui un tipo tranquilo y pacífico.

-Dejémonos de joder Eduard, si ni un arma tenemos en esta casa.

-Entonces ¿Por qué este pedido absurdo?

Sonriendo con pesar -Quizás porque sos el único judío que ha merecido su gratitud y sus alabanzas. Eso permite pensar que te tiene confianza.

Más alterado aun -¡Aprovecharme de esa circunstancia para atacarlo a traición, sinceramente Emilie, no me animaría a tener

ningún tipo de trato con él!

Sorprendido por verla salir de la cama y abrigarse con una bata.

-¿Qué estás haciendo?

-En vista de que este asunto no nos va a dejar tranquilos por un rato, voy a preparar té. Levantate y hablemos.

Eduard siguió el consejo de su mujer y se reunió con ella en la cocina para tomar, pausadamente, del vaso que le ofreció, el té previamente endulzado.

-Matarlo como te piden que lo hagas, es una locura, aunque bien merecido lo tendría, pero escribirle pidiendo ayuda para que nos dejen tranquilos, es otra cosa.

Dejó de mirarla, corrió el vaso y se reclinó sobre la mesa, tomándose la cabeza con las manos, para hablarle sin cambiar de posición.

-¿Cómo te parece que debería encabezar la redacción, mi estimado Adolf, su señoría, *herr* canceller? ¿No te das cuenta que sería un paso ridículo, falso y, lo peor de todo, probablemente inútil?

-Ahora formamos parte del país donde ocurrieron los sucesos que leíste en el periódico. Por suerte nosotros corremos menos peligros, porque casi no salimos de casa. Esto no es vida y el porvenir, cada día que pasa, se parece más a una emboscada. Te la hago fácil, pensá que podrías encabezar el escrito poniendo algo así como “Mi recordado Adolf”, una introducción que parece amistosa, casi familiar.

Sacudido por un leve temblor -Eso es fraudulento y más bien suena, dadas las circunstancias, disparatado.

-Si nos decidimos, no comprometeríamos a nadie en una época de agresiones y traiciones. Quizás el malnacido decide distinguir al recuerdo de su madre, con el que debés estar ligado

en su perversa mente. Tengo frío, volvamos a la cama.

Ella se durmió en seguida, pero a él le costó, recién lo logró cuando se aproximaba el amanecer. Encerrado en su casa, imposibilitado de todo contacto con sus antiguas amistades y sus pacientes, con tiempo de sobra para meditar, fue madurando en su mente el demencial plan que le habían sugerido. “Ya viví, estoy viejo, tengo que jugarme, el único que puede conseguirme un revolver es Hans, somos amigos desde la juventud. Le voy a decir a Emilie que no aguanto más el aislamiento, que necesito un poco de aire fresco y saldré a dar una vuelta sin la maldita estrella pegada en la solapa”. Al otro día, una fría pero serena mañana, caminó diez cuadras hasta la casa de Hans que se sorprendió sobremanera cuando abrió la puerta.

-¡ Eduard ¡ ¡Qué hacés aquí!

-Perdoname si te comprometo, necesito hablar con vos.

-Pasá, estoy solo, Ema salió de compras -dijo mientras se aseguraba que ningún vecino estuviese figoneando.

Una vez dentro Bloch fue al grano -Hans, te pido un favor muy especial, sos la única persona a la que puedo recurrir. Necesito un revolver.

Alarmado-¡Vos un revolver! Si sos incapaz de matar una mosca, parece una broma.

-No te hagas el distraído, todo está patas arriba -explicó evasivamente- te hablo en serio, decidite antes de que vuelva tu mujer

Sentándose en el amplio sillón -No te voy a mentir, como policía jubilado conozco quién lo puede conseguir, habrá que pagarlo.

-El dinero lo tengo.

-Será inútil si vos y tu mujer sufren un ataque de los nazis, lo único que vas a lograr es enfurecerlos aun más.

-No es exactamente para eso que lo necesito, no me pidas

detalles.

Extrañado -Quizás sea lo mejor, no entender nada de este asunto que me huele raro. Pero sos mi amigo y no te voy a fallar, la semana que viene paso por tu casa. Voy a ir una tarde, una vez que haya oscurecido, tené preparada una buena suma, esos chiches se cotizan en estos tiempos.

-Te hago pasar a mi antiguo consultorio, no quiero que Emilie se entere.

-No te hagas problemas, estoy obligado a ser discreto.

Hans cumplió su promesa y Eduard escondió el arma en un cajón del escritorio, bajo llave.

El ambiente en Austria conoció cierta distensión en el período que precedió a las fiestas de fin de año, tiempo que aprovechó el Dr. Bloch para ir poniendo orden en sus ideas y, sobre todo, para decidirse a dar el paso siguiente.

En enero sorprendió a su mujer que estaba mirando, a través de la ventana de la cocina, la apacible caída de los copos de nieve en el jardín.

-Escribí la carta que voy a mandar al desgraciado.

Alarmada-¿Cuándo lo hiciste?

-Durante estas últimas tardes, encerrado en mi viejo consultorio.

-Sí, no entendía por qué, repentinamente se te había dado por volver a ese lugar. Pensé que te había movido la nostalgia, ahora veo que otro era el motivo.

-Sentémonos a la mesa y te la leo.

Linz, 9 de enero de 1940

Mi recordado Adolf: -Al escuchar la introducción, Emilie, satisfecha, no pudo ocultar una sonrisa -Presumo que debe estar muy ocupado, pero me atrevo a molestarlo basado en la antigua y

buena relación que me unió a su familia y en las palabras con que supo honrarme hace tiempo.

Dadas las circunstancias, aspiro a que se nos permita, junto a mi esposa, viajar al extranjero, a un país no beligerante, los Estados Unidos. Mucho me agradecería expresarle esto personalmente, pero no quiero distraerlo de sus importantes funciones.

Esperando se encuentre bien, y agradeciéndole desde ya todo cuanto haga respecto a mi pedido, lo saludo, como siempre, cordialmente.

Su antiguo médico, Eduard Bloch.

Quedaron en silencio durante un buen rato, embargados por una angustia y una incomodidad, revestidas de múltiples aristas.

-No podemos adivinar las consecuencias que puede tener dar este paso. Corremos el peligro de habernos metido en una trampa -sostuvo Eduard sin disimular su temor.

-O haber logrado que el loco nos trate de una manera especial, esperar pasivamente puede resultarnos la peor opción.

-Ya sabés que esta gente no practica los buenos modales, precisamente.

-Las cosas van de mal en peor, mi corazón me dice que nada bueno nos aguarda si no hacemos algo.

-Vos que tenés buena letra y mejores presentimientos, escribí el sobre.

Se dirigió a su escritorio para volver portando el envoltorio donde figuraba su nombre impreso, era de los que reservaba para la correspondencia importante.

Emilie lo tomó con mano temblorosa-¿Qué querés que le ponga?

Quedó pensativo, hasta que se decidió -Bien visto, no tenemos otra alternativa que enviarla por correo certificado, consig-

nando su nombre y apellido, y el cargo que desempeña. Escribí, por favor.

Señor

Adolf Hitler

Canciller del Reich

Su despacho.

Agregale arriba en letra destacada y subrayado: Correspondencia personal.

Evaluó el resultado apenas ella le entregó el sobre -Se ve muy bien -dijo, mirándola con cariño.

Varios días después el empleado del correo, una vez que leyó el destinatario del sobre que le entregaban, lo miró dos veces antes de darle curso, sin preguntas, sólo se limitó a comprobar la consignación del remitente. Así lo resolvió, impresionado por la persona que tenía delante de la ventanilla, se trataba de un tranquilo anciano con todo el aspecto de un individuo decente, correctamente vestido.

Eduard volvió presuroso a su casa acosado por los peores presagios.

Emilie lo aguardaba manteniendo, o aparentando, más tranquilidad -Espero no haber cometido el peor error -dijo él apenas cerró la puerta.

-Es una jugada fuerte, pero me parece que las circunstancias justifican el haber dado este paso.

-Nunca fui creyente, ahora estoy tentado de pedirle a Dios que nos proteja.

El empleado de correos de Berlín no se sorprendió, llegaban constantemente miles de cartas dirigidas al cada vez más popular *Führer*. Pero esta le llamó la atención, además de haber sido despachada como clasificada y carecer del trato reverencial, o cualquier

alabanza al singular destinatario; el aviso respecto a su carácter, la dotaba de la apariencia de provenir de un familiar o allegado. Por eso la apartó para que se entregara, especialmente, a personal de la cancillería.

Cuando la tuvo en sus manos, Ernest Hartmann casi abre el sobre para leerla y, siguiendo el procedimiento habitual, contestarla él mismo utilizando un texto rutinario e imitando a la perfección la firma del *Führer*, que, poco adicto a cualquier trabajo tradicional, había delegado el quehacer en varios secretarios. Pero esta vez, mientras sopesaba la carta sosteniéndola con su mano derecha, decidió preguntar a su superior, era inusual que constara que se trataba de un contacto personal.

Después de consultar con el secretario de Himmler, se sorprendió al ser atendido por el jefe.

-¿Qué sucede Hartmann?

-Perdone que lo moleste *Reichsführer*, ha llegado una correspondencia para el *Führer* que parece provenir de alguna persona de su confianza, eso me llevó a no leerla y contestarla yo mismo, como es habitual con las de los admiradores.

-¿Quién la envía?

-Un tal Dr. Eduard Bloch.

-No es alguien conocido, sáquele una radiografía y si no contiene nada raro, entréguela al destinatario.

Una vez que estuvo seguro de que en el interior sólo se encontraba un papel manuscrito, los nervios hicieron presa de Ernest Hartmann que temía protagonizar un papelón y sólo había visto un par de veces a Hitler, siempre desde una gran distancia. Pero no tenía otra alternativa que hacerse anunciar en el antedespacho del canciller y esperar a ser llamado.

Cuando lo hicieron pasar no pudo evitar la turbación, Hitler

lo esperaba sentado en el gran escritorio situado en un extremo del amplio del recinto. Saludó rígido con el miembro superior derecho extendido, mientras exclamaba un sonoro, *Heil* Hitler.

Las suaves palabras del dictador pidiéndole la carta, contribuyeron a relajarlo mientras le alcanzaba el sobre que fue tomado con cierta desconfianza que, cuando Adolf leyó las señas del remitente, aparentó convertirse en sorpresa.

-Hizo bien en traérmela personalmente, se lo agradezco. Puede retirarse ¿Cómo se llama?

-Ernest Hartmann, *Herr* Hitler.

En cuanto un aliviado y tal vez orgulloso Ernest cerró la puerta, Adolf tomó un abrecartas y rasgó el papel. Mientras leía una poco habitual sonrisa se dibujó en sus labios. Luego quedó pensativo.

El mediodía siguiente, apenas regresó de una reunión, pidió que lo comunicaran con un desconcertado *Reichsführer*.

-Te tengo que pedir la tramitación de un asunto extremadamente confidencial.

Extrañado, sospechó alguna inusitada dificultad, quizás relacionada con una mujer desconocida, cuyo trato con el jefe había escapado a la vigilancia de sus sabuesos. Algo raro, considerando las austeras costumbres del *Führer* -¿De qué se trata Adolf?

-Quiero que organices el viaje de un antiguo conocido de Linz, al que quiero recibir en mi casa.

Sorprendido-Ningún problema ¿Quién es?

-Un médico ya mayor, el Dr. Eduard Bloch.

Recordando que el secretario había mencionado a esa persona-¿Porqué pedís tanta reserva?

-Porque se trata del profesional que atendió a mi familia y hace años se preocupó por nosotros -bajando la voz- él es judío.

-¿Cómo?!

-Lo que escuchaste, además, desde este mismo momento ordenaré que custodien su casa, y a él y su mujer si salen de ella. Encárgate de que nadie se atreva a molestarlos y que se tramite el levantamiento de todas las obligaciones que deben cumplir por ser judíos.

Ocultando su preocupación ante ese extraño pedido que podría llegar a perjudicar a Adolf -Entendido, voy a dejar este asunto en manos de Martin Bormann, si no te parece mal.

-De ningún modo Heinrich, no podemos dudar de su discreción, es la persona indicada.

Los motivos de tan inusitada solicitud que constituía una inaudita excepción, le parecieron insuficientes al fiel Himmler que, no obstante, cumplió a rajatabla las instrucciones del líder. Este enigma lo acompañó el resto de su vida, hasta su suicidio en Lünenburg en 1945, capturado por el ejército británico mientras trataba de huir tras la derrota.

Dos días después, los Bloch comenzaron a relacionar con ellos la atemorizante presencia de soldados de las SS en la cuadra y las esquinas de su casa, mientras sus vecinos eran presa de un extendido temor.

-¿Qué estarán buscando estos mafiosos en un barrio tan tranquilo?

-No hablan con nadie, no entraron a ninguna vivienda, ni al almacén de la esquina que es el único negocio en varias cuadras a la redonda.

-Si tiene algo que ver con la carta que mandaste, ¿estaremos en problemas?

-No nos consta que fue entregada, Emilie, vaya uno a saber por qué manos habrá pasado. De todos modos, si molestamos

a alguien importante ya nos hubiésemos enterado. Me miraron cuando salí a comprar el pan sin tener puesta la estrella, pero no me dijeron nada.

-Estos no hablan Eduard, golpean, te dan una paliza y, en el mejor de los casos, se burlan de nosotros. Tu capricho de no usar lo que nos distingue a los judíos, te puede costar un empujón, o algo peor.

-No saben quién soy.

-No estés tan seguro de eso.

-Tengo la pinta de un austriaco común y corriente.

Después de quince días no sólo ellos, todo el barrio había agotado el repertorio de las inútiles especulaciones acerca de la presencia de los rígidos uniformados. Hasta que una mañana, un lujoso coche estacionó frente a la casa de Eduard.

Cuando vieron descender al alcalde de la ciudad acompañado por un oficial SS, Emilie alcanzó a murmurar: nos visitan por tu carta, me parece que en son de paz. En ese momento sonó el timbre y un pálido Eduard acudió a abrir la puerta.

El alcalde, que lo conocía, le habló en un tono amable -*Herr Doktor Bloch*, acompañé al *Obersturmbannführer* por cortesía y porque conozco la ciudad, pero es él, el que quiere hablar con usted.

Confundido, instó a pasar a la sala al miembro de la tan temida milicia, mientras Emilie se escabullía hacia la cocina, dejando solo al funcionario local.

Después de invitar al recién llegado a tomar asiento en el sillón, lo imitó, sobrecogido por siniestros presagios, pero conservando la compostura.

El que lucía un impecable atuendo militar, habló sin preámbulos -*Herr Bloch*, me indicaron que le entregue estos pasajes

-dijo, mientras habría el portafolios- Como podrá ver son para viajar a Berlín el próximo sábado por la mañana, con regreso, salvo contraorden, el domingo al anochecer. Lo esperaré en la estación para conducirlo a su alojamiento en el hotel Eden, todos los gastos que efectúe usted allí están cubiertos, incluida la cena y el desayuno. El domingo debe estar listo en el hall a las nueve de la mañana, hora en que lo pasaré a buscar.

Fingiendo un tono más amable -¿Tiene usted a mano la historia clínica y las postales que el *Führer* le envió hace años?

Totalmente sorprendido -Sí, las guardo en el consultorio.

-Por orden superior debo llevarlas.

Mirándolo fijamente mientras se ponía de pie -Aguarde mientras las busco.

Se dirigió a una vitrina para retirar las cartas, luego al archivo de historias de sus antiguos pacientes y no le llevó demasiado tiempo encontrar la que le solicitaban.

Después de acomodar cuidadosamente los papeles en su portafolios, los ojos del impertérrito *Obersturmbannführer* posados en la figura del médico, no pestañearon, ni su penetrante mirada azulada se desvió de la figura de Eduard, situación hartamente incómoda para él, lo que lo llevó a romper el silencio.

-No me explicó ningún detalle.

-No debo hacerlo, del mismo modo que usted no puede negarse a seguir estas instrucciones al pie de la letra -con firmeza -¿Entendido? Además, le aconsejo guardar la máxima discreción respecto a los motivos de su viaje.

Algo alarmado -No se preocupe, -denotando cautela- me gustaría conocer su nombre.

-No es necesario que lo sepa. Sí debo informarle, que se ha decidido que usted y su esposa, estén exentos de cumplir las obli-

gaciones que les atañe por su condición de hebreos.

Sin extenderle la mano, se dirigió, serio, a la salida, en absoluto silencio. Dos minutos después, Eduard escuchó cerrar las puertas del vehículo que se puso en marcha. De inmediato, Emilie apareció, presurosa, ansiando conocer detalles.

-Contame, presiento que el riesgo que corrimos valió la pena -le dijo ella, mientras la inquietud de él se iba incrementando ante la posibilidad de que las circunstancias lo colocaran en una situación que facilitaría el uso del revolver escondido en un cajón de su escritorio.

Respondió pensativo y algo confuso -No me dio explicación alguna, sólo estos pasajes y alguna instrucción. Además, me informó que no rigen para nosotros las normas que deberíamos obedecer por ser judíos.

Excitada -Vamos a poder vivir con más tranquilidad -mirando el billete- ¡Es para viajar en primera clase!

-A Berlín el sábado -dijo con voz apagada, mientras volvía a reflexionar, “el mensaje de los carteles soñados me arrastra a la perdición”.

Perpleja y preocupada -Nos está ocurriendo algo inconcebible, difícil de catalogar, una especie de desahogo que alegra por un lado y casi avergüenza por otro, ¡es evidente que Adolf quiere verte!

Más concentrado aun-¿Eso es bueno o malo para un judío?

-¡Te invita a viajar en el coche más lujoso del tren!

-Y me reserva alojamiento en el Eden, que yo sepa, el hotel más suntuoso de Berlín.

Entre burlona y aliviada -Volverás a ser el único judío noble del Reich alemán. Si te han convocado a semejante reunión, imagino que no se atreverán a sugerirte nada bochornoso -para proseguir

algo asustada -Pensándolo mejor, menos mal que no debés usar el distintivo que nos señala, los demás se sentirían sumamente incómodos, sería un escándalo.

-El incómodo soy yo, tenía razón el oficial que enviaron, nadie debe enterarse de esto -sin ocultar su embarazo- no llevar la estrella de David me molesta, aunque parezca mentira. Los vecinos ya son conscientes de que es por nosotros que se mantiene, las veinticuatro horas, la vigilancia en la cuadra -meditó inquieto en voz alta. Luego le anunció, imperioso -perdoname, me voy al consultorio, necesito pensar a solas mis próximos pasos.

-¿Le vas a decir “mi querido Adolf”, mientras se estrechan las manos? -la presunta broma lo llevó a mirarla sin ocultar su desconuelo, a lo que ella agregó- Andá, razones te sobran para que este asunto te obligue a considerar cuidadosamente lo que vas a hacer en Berlín.

Una vez en su despacho, se sentó en la antigua poltrona, enfrentando la silla vacía que alguna vez había ocupado Hitler. Después abrió el cajón que contenía el revólver y los proyectiles, para contemplarlos con aprensión. “Ahora no tengo dudas, me va a recibir el domingo, es la oportunidad que me anticiparon, un trance que, en realidad, jamás imaginé y para el que no estoy preparado. Ni como ciudadano austríaco respetuoso de la ley, ni como médico que defiende la vida de los demás, ni como judío que pertenece a una comunidad reconocida por su serenidad y mansedumbre; un conjunto al que nadie ha podido relacionar con las actitudes agresivas, la violencia o las armas. No me siento en condiciones de llevar a cabo semejante atentado. ¿Qué confianza puedo tener en la sugerencia de un sueño y en las extrañas y téticas escenas que, más parecían pertenecer a una película que a la realidad? ¿Adolf y los suyos, seguirán adelante con sus críme-

nes? ¿Nadie los detendrá? -Siguió meditando con el rostro cada vez más ensombrecido- Si lo hago, seguramente me matarán, ya viví mi vida, podría resignarme si contribuyo a salvar a millones de judíos como yo, o a gitanos a los que también persiguen, pero no tendría justificación alguna el condenar a Emilie. No puedo fantasear con que alguien cercano, parientes o amigos, sea perdonado por este régimen bestial, esas personas serán sometidas a la más despiadada tortura, hasta su extinción”. Sin poder tolerar más la angustia, cerró la gaveta con llave, mientras las lágrimas se deslizaban por su rugosa cara.

Cuando logró calmarse, a pesar de sus dudas, en estricto secreto, comenzó a trazar un plan.

Recordando alguna descripción de la literatura policial, compró dos anchas tiras de elástico en una tienda, una vez en su casa las cortó para adaptarlas al diámetro de su muslo y, a continuación, recordando su época de practicante en el hospital, les cosió sendos clips que previamente había eliminado de las ligas que usaba para sostener las medias.

Poco después, Emilie no pudo evitar un comentario que escondía, al mismo tiempo, un reproche y un gran alivio.

-Debés ser el único judío al que nadie le recuerda que debe usar el distintivo.

-Estos que están día y noche frente a nuestra casa no nos vigilan Emilie, guardan silencio, pero es evidente que nos están cuidando.

El sábado, antes de vestirse, adosó el revólver cargado a su muslo izquierdo, luego se puso los pantalones del mejor traje que tenía y comprobó que, una vez alojada el arma en la cara que enfrentaba a la otra extremidad, el pertrecho era imperceptible dentro de la amplia tela que cubría su extremidad. Cuando entró

en la sala ataviado con sus mejores galas, Emilie no pudo contener palabras de cariñosa admiración -Pareces un ministro.

-Me siento una víctima que se dirige al cadalso, de ningún modo alguien invitado a una recepción.

Mientras le besaba afectuosamente la mejilla -Todo va a salir bien, sólo tenés que mantenerte sereno.

Salió de su casa portando un pequeño maletín con sus enseres para afeitarse y una muda de ropa, después atravesó las pocas cuadras hasta la estación del tren que lo llevaría a Viena. Ya en la otrora capital de un país independiente, subió al coche de primera clase del convoy expreso a Berlín.

Una vez a bordo se sorprendió al comprobar que su pasaje incluía un almuerzo en el que no había pensado. Cayó en la cuenta cuando un gentil camarero le preguntó por sus preferencias respecto al plato principal. Como la comida incluía vino y licores, una vez regresado al amplio asiento, pudo dormitar un buen rato. Luego trató de distraerse con el paisaje que desfilaba más allá de la ventanilla, hasta que el atardecer terminó de apagar el último resto de claridad. Poco después el guarda anunció el próximo arribo.

Una vez en la terminal, las cosas sucedieron con la puntualidad esperable en todo lo alemán, el *Obersturmbannführer* lo aguardaba al pie de la escalerilla.

Cuando lo reconoció, el saludo fue seco, sin ceremonia o gesto cordial alguno -Dr. Bloch, lo llevo al hotel, tiene tiempo de sobra para descansar.

Una vez que el chófer le facilitó el acceso al asiento trasero, el oficial se situó en el correspondiente al acompañante, dentro del opulento automóvil y sólo le habló cuando un mozo ataviado con un uniforme que parecía el de un mariscal de campo, abrió la puerta para que descendiese, habían arribado -No tiene que regis-

trarse en la recepción del hotel, lo acompañarán a la habitación 235, le advirtió el encargado de conducirlo

-Señor ¿Trae usted otro equipaje? -le preguntó un gentil ujier, cuando un aturrido Eduard descendió del vehículo.

Aparentando serenidad -No, solo estaré por unas horas.

Cuando abrieron la puerta y pudo contemplar la habitación, le pareció inconcebible que lo acomodasen en esa soberbia alcaoba cuya temperatura había sido regulada para ofrecer el máximo de confortabilidad, que olía a limpio y a un suave perfume. Sin desvestirse se acostó, pensando en usar el tiempo para relajarse, dejando la afeitada para las primeras horas del nuevo día. “Esta, si tengo el coraje de usar lo que traigo, puede ser mi última noche. La pasaré en soledad. No tengo deseos de cenar, ni de encontrarme con la gente que imagino compartiría mi comida en un sitio esplendoroso. De todos modos, si me revisan y lo descubren antes de que me reciba Adolf, tendré el mismo destino al que voy a arrastrar a Emilie y sin duda alguna, a muchas de las personas con las que trato habitualmente, nadie podra convencer a estos patanes que ninguna otra persona sabía mis planes. Si puedo emplear el arma, el resultado será el mismo, es una locura. Qué situación descabellada, todo el lujo de este lugar, considerando la suerte de mis correligionarios, es un insulto. Me está empezando a molestar la forzada consideración hacia mi persona, interpretada a las mil maravillas por el tipo que me escolta y se asegura mi traslado; pero él no deja de tratarme con distancia, como se estila con lo contaminado”

Terminó por meterse en la cama para dormirar, inquieto, unas agitadas horas. Cuando comprobó que estaba amaneciendo, fue al baño a tomar una ducha y a afeitarse. “Aquí tengo a mi disposición una navaja y una maquinita nueva con un surtido de

hojitas, además de una excelente crema de afeitarse con su brocha flamante; como buen desubicado, cargué inútilmente con todo esto”, se reprochó. Terminado el aseo, después de consultar en el catálogo que se hallaba junto al aparato, tomó el teléfono y llamó a la conserjería.

-¿Qué necesita señor?

-¿Es posible desayunar en la habitación?

-Por supuesto señor, ya vamos.

Sintió otra vez un profundo alivio por haberse librado de tener que compartir el comedor, al que, dadas las circunstancias, presumía insertado en ese mundo que le parecía artificial, una pantalla para ocultar la crueldad que se había enseñoreado de ese país. De cualquier modo, pensó, los demás comensales se horrorizarían si supiesen su ascendencia. Se puso la bata que estaba en el perchero del armario.

Golpearon la puerta. Era un valet que tomó prolijamente su pedido, anotando hasta el mínimo detalle. Poco después ingresaron con una mesita rodante donde estaba todo lo solicitado, incluyendo algún lujo, como el jugo de naranja que él jamás había consumido por la mañana, mucho menos en esa época en que su mujer habría agradecido, si el almacenero del barrio no le impedía, con malos modales, el acceso al local para comprar lo indispensable. Como un rayo sintió surgir el recuerdo de los malos tratos y la desconsideración que el comerciante había empleado con Emilie, para contrastarlo con la cortesía que él estaba recibiendo de parte de todos los desconocidos con que se cruzaba. “Si no fuese por tanta desgracia, más que a una tragedia, mi situación parece formar parte de una comedia” -pensó.

Mientras disfrutaba el desacostumbrado banquete, no podía alejar el fantasma que su situación convocaba “Mi primera lengua

fue el alemán que se hablaba en el Imperio, del que me sentía orgulloso ciudadano. En cuanto me relacioné con adultos y niños fuera de mi familia, aprendí con toda naturalidad el idioma checo que se empleaba en las calles de la ciudad en la que me crié, lo que me favoreció cuando estudié en Praga. Después serví dos años en el ejército, destinado a los cuarteles de Linz, donde terminé afinándome definitivamente y formando una familia feliz. El descender de una antigua estirpe judía y el haberme casado con una mujer del mismo origen, no los viví como un problema, quizás porque no lo quise ver de ese modo, o porque no fue obstáculo alguno para mi desempeño en la vida, hasta la derrota del 18. Era un austríaco como cualquier otro que jamás practicó la antigua religión de sus antepasados, en un país que albergaba, hasta su fragmentación, múltiples nacionalidades y diversos credos. Ahora, de la noche a la mañana me veo incluido en el ancestral grupo, al que un antiguo paciente devenido en poderoso y despiadado enemigo, considera la esencia del mal. Y ese tipo me espera hoy, no sé para qué, ¿querrá encargarse personalmente de eliminarme, siguiendo el veredicto que emiten sus discursos? ¿Tengo la obligación, según mis misteriosas alucinaciones, de ganarle de mano, o todo esto no es más que una patraña? Además, ¿Porqué quiere verme un domingo?”

Miró el reloj, terminó de vestirse y descendió a la recepción donde lo esperaba el *Obersturmbannführer*, luciendo su repetida máscara de imperturbable jugador de póquer. El SS lo recibió sin otro gesto que hablarle pausada, pero imperiosamente, aparentando estar urgido por superar el incómodo momento.

Lo siguió hasta el mismo automóvil donde se acomodaron como lo habían hecho en el trayecto entre la estación y el hotel, en idéntica disposición. Poco conocedor de Berlín, Eduard, en

cuanto el coche se puso en movimiento, miró con curiosidad la puerta de Brandeburgo que había avistado al llegar, pues se hallaba en las inmediaciones. Después que divisó a lo lejos el deteriorado edificio del Reichstag, comenzaron un recorrido por barrios en los que se veían casas de departamentos, luego por una zona de residencias más lujosas, rodeadas de jardines, hasta que se detuvieron delante de un portón fuertemente custodiado. Una vez franqueado el paso por la guardia, el auto siguió un sendero de gravilla hasta detenerse bajo un arco que cubría el espacio frente a la entrada a una hermosa casa decimonónica.

El *Obersturmbannführer* lo acompañó, sin emitir palabra alguna, a un espacioso salón, de donde se retiró de inmediato. En ese momento sintió contradictoria la percepción de la presencia del revólver adosado a su extremidad, y tomó consciencia del alivio que le producía no haber sido palpado. El encontrarse solo, lo animó a recorrer el sitio, sumergido en un llamativo silencio; pasó, entonces, a examinar con curiosidad la discreta y elegante decoración, hasta que optó por tomar asiento en un cómodo sillón. Asombrado por la extraña tranquilidad con que transitaba el momento, no experimentó sobresalto alguno cuando sintió el crujir de una puerta que se abría. Hitler había ingresado, vestido informalmente, sin uniforme. A diferencia del oficial que lo había acompañado en todos sus movimientos, se adelantó con paso ágil, sonriente, mientras le tendía la diestra. Él se puso de pie y no dudó en estrechar firmemente la mano que le ofrecía el dictador.

-Me alegra volver a verlo Dr. Bloch, dijo afectuosamente Adolf. Lo encuentro un poco mayor, pero con la misma bondadosa actitud de siempre.

-El tiempo también pasó para usted.

-Tomemos asiento junto a esa mesa ratona.

Lo hicieron, mientras *Eduard* sentía que, a cada momento, la situación se volvía más irreal.

-¿Cómo está su familia?

Sin vacilar, pero con cautela-Padecemos los inconvenientes de todos los judíos en este país, yo y mi yerno fuimos expulsados de los hospitales donde nos desempeñábamos, mi vida y la de mi mujer ha sido forzada a transcurrir en nuestra casa, casi no tenemos relación social. Mi hija y los suyos han buscado refugio en el exterior. Como puede ver, varios son los motivos que me animaron a escribirle para solicitar su ayuda, deseamos emigrar a los Estados Unidos para reunificar a la familia.

Algo molesto -Sí, lo tengo bien claro -Como queriendo desviar la conversación -¿No los están custodiando?

-Si se refiere a la tropa de la Gestapo que está en las inmediaciones de mi domicilio, sí, los vemos, pero no nos informaron acerca de la función que cumplen, aunque lo sospechamos. Sólo nos anotició el oficial que me entregó la invitación para visitarlos que nos han eximido de las normas que rigen para los hebreos.

-Están para garantizarles la seguridad -afirmó Adolf incisivo, con extrema seriedad -no deben tener temor alguno y pueden hacer una vida normal. Quédese tranquilo, me encargaré de que los trámites de sus pasaportes no sufran inconvenientes.

Eduard sintió que Hitler lo observaba con un gesto que indicaba, claramente, que se sentía satisfecho por haber favorecido a un viejo conocido y, lo peor, que esperaba un claro reconocimiento por su caritativa acción. Al sentirse coaccionado, dijo, casi sin pensarlo -Mi señora y yo lo agradecemos de todo corazón, Adolf.

A continuación, sin pausa alguna, al mismo tiempo que se arrellanaba, Hitler comenzó a recordar la época de su vida adolescente en Linz. Ahora Eduard, azorado, sintió que lo invi-

taba a traer sus propios recuerdos, circunstancia que lo llevó a sentirse absolutamente transportado a un mundo ficticio. Inadvertidamente, comenzó, como en los viejos tiempos, a tutearlo.

Cauteloso-Eras un muchacho muy inquieto.

Adolf le contestó, al parecer halagado por el comentario.

-Aquella época con mi madre en Linz, fue maravillosa, yo la amaba intensamente.

Más animado -La recuerdo perfectamente, Klara era una buena mujer, cariñosa. ¿Qué sabes de Paula?, ella también fue mi paciente.

-Casi no nos vemos, mi hermana decidió vivir alejada de la política, pero, como sé que lo necesita, la ayudo económicamente.

-Todos deben saber quién es, comparten un muy importante apellido.

-Lo cambió, ahora se hace llamar Paula Wolf. No lo divulgues, Dr. Bloch, es mejor no comentar esa noticia -Ahora el que tuteaba y hablaba como quien se dirige a un antiguo compinche, era Hitler.

-Perdó cuidado, Adolf. Ni mi mujer se va a enterar.

Siguieron conversando, enfocados en la época en que en Adolf apenas se vislumbraban los delirios que se apoderarían tenazmente de su espíritu. Eduard creía, desde hacía unos años, haber percibido con claridad el origen de aquellos trastornos que habían posibilitado el meteórico y sorprendente ascenso del que había sido su paciente. Para el médico, el desorden emocional de Adolf era el resultado de una desventurada infancia marcada por la presencia de un padre en extremo violento e intolerante. A ella había seguido una turbulenta adolescencia que culminó cuando decidió huir de su país para no cumplir con el servicio militar. Además, la patria había frustrado su vocación artística, impidiendo su ingreso

a la Academia de Bellas Artes de Viena. La posterior experiencia de la brutal realidad de una guerra a la que se había sumado con entusiasmo, cuyo fin fue una humillante derrota de su país adoptivo, constituyó la frutilla del postre que lo enloqueció sin remedio.

En un momento Eduard, disimuladamente, palpó el arma en su muslo, incluso pensó en preguntar por un baño para poder extraerla sin llamar la atención y, a renglón seguido, introducirla rápidamente en un bolsillo. Pero no pudo evadir la falsa y cómoda situación en que su persuasivo anfitrión lo había encerrado, por lo que siguió participando de la inverosímil charla, como si tal cosa, hasta que el bucólico clima fue interrumpido por la campanilla del teléfono que Hitler se apresuró a atender.

Después de unas pocas palabras Adolf se disculpó, para escabullirse por una puerta lateral.

“Me están dando la oportunidad, -especuló entonces Eduard, mientras volvía a acariciar el sitio donde se hallaba el revólver, con mano temblorosa esta vez- tendría que dispararle en cuanto entre y cierre la puerta tras de sí, a sangre fría, sin pensar en otra cosa”.

De este modo, rumiando el intrínquis que lo atenzaba y no podía resolver, titubeando, lo sorprendió el regreso del otro que lucía un gesto amistoso -No te preocupes Eduard, esta conversación me agrada, me hace bien, el motivo por el que me han llamado puede esperar. La tertulia se prolongó una hora más, hasta que el aparentemente complacido Hitler se sintió satisfecho, miró el reloj y le anunció el fin de lo que parecía una grata entrevista, poniéndose de pie.

-Ha sido un placer volver a verte.

Aparentando compartir los sentimientos -En este momento soy tu deudor, Adolf.

El dictador, mostrándose conmovido, le apretó el brazo con

vigor.

-Nunca olvidaré lo que hiciste por ayudar a mi familia -En esta frase asomó el tono firme y agresivo que solía usar en sus encendidos discursos, alarmando a Eduard que, disimulando su sobresalto, al no tener otra alternativa, cuando el otro le extendió la mano para despedirse, la oprimió vigorosamente.

Bloch, sacudido por un terremoto de sentimientos encontrados, una vez retirado el dueño de casa, quedó horriblemente disgustado consigo mismo, sintiéndose un idiota confundido y solitario en el amplio recinto. Poco después, el ingreso y la parqueada con que el *Obersturmbannführer* de ignoto nombre pronunció el sígame, lo lanzaron, cruelmente, a los brazos de la realidad.

Limitaciones originadas en pretéritas circunstancias que influyeron para dar lugar e incentivar a la amabilidad que había caracterizado su conducta profesional, sumadas a la inverosímil actitud momentánea de su anfitrión, lograron condicionar la conducta del Dr. Bloch en el que había sido el momento decisivo, a tal punto que no pudo encontrar la manera de zafar del encantamiento.

De regreso en el hotel; el recorrido en el pomposo automóvil con que lo trasladaban, el almuerzo en la lujosa habitación, el próximo viaje en primera clase en el tren y el trato servil de cuantos se dirigían a él, fueron sumando ingredientes que le dejaban un regusto amargo en la boca y una creciente opresión en el corazón.

Emilie, cuando percibió la aflicción que traía su marido, creyó por un momento que el paso dado sólo había servido para empeorar las cosas.

-¡Qué ocurrió!

Dejando el maletín en una repisa y quedándose de pie en el recibidor -Me atendió en una residencia que no sé si es el sobrio,

pero sin embargo elegante y hasta lujoso lugar donde vive, para charlar sobre nuestra común historia compartida aquí, en Linz -dijo alzando un poco la voz- Esa era su intención, quedate tranquila, también se comprometió a facilitarnos las cosas.

-Entonces, a que viene esa cara avinagrada.

-A que creo que comprobé que soy un perfecto cobarde.

-No entiendo.

Bajando la voz-Vayamos al consultorio que es un sitio más privado, ahí afuera está esa gente, no quiero correr el riesgo de que escuchen.

Intrigada Emilie aceptó la sugerencia y una vez en el antiguo despacho, le habló a bocajarro urgiendo una aclaración.

-Necesito que te expliques, no entiendo.

Molesto -Iba dispuesto a matarlo y terminé hablando con él como lo haría con un conocido de toda la vida.

-¿Matar...? -cubriéndose la boca con una mano- Tus viejos sueños siguen trastornándote.

Visiblemente perturbado -Ellos me advirtieron y me señalaron una misión, Emilie, ahí me anunciaron que tendría una oportunidad y que una sola bala bastaría. Llevé un arma escondida pero no me animé a usarla.

Entonces aflojó el cinturón, se bajó el pantalón y dejó el revólver a la vista de su estupefacta esposa que reaccionó con un gesto de suprema alarma -¡Nos habrías condenado! Ahora mismo estaríamos muertos, con suerte. ¡Tuvimos una fortuna especial, no te revisaron! -Algo más calmada- ¿Es que no tiene custodia ese bicho?

Todo sucedió como en una parodia, supongo que él les dijo que yo era de suma confianza... y, desgraciadamente, no se equivocó -llevando sus manos a la cabeza- Sin él, la pesadilla se deten-

dría.

-Probablemente para los demás, pero sus cómplices se hubiesen arrojado sobre nosotros poseídos por una furia irrefrenable, habrían puesto en marcha una venganza digna de las peores fieras -visiblemente inquieta- ¿Por qué tendrías que ser vos el justiciero?

Perplejo -¿Por qué no? El destino solo me dio a mí esa oportunidad única que desaproveché, maldición, en ese momento crucial me comporté como un imbécil títere.

Aliviada -Menos mal.

-Con suerte, podremos ir hacia un destino diferente, pero el resto de los judíos y muchas otras víctimas, quedaran a merced de los cambiantes humores de este tipo y su pandilla. Dicen que en la parte que ocupamos de Polonia ya suceden acontecimientos terribles.

-¿Cómo lo sabés?

-Por Hans, el policía.

-Ex-policía, chismes de jubilado que pueden ser fantasías.

-¿No lees los diarios, nunca escuchaste algún discurso en la radio?

- Te veo cansado, tomá un té y vayamos a la cama.

Quedó quieto en el lecho hasta asegurarse que Emilie dormía. Entonces se sentó para analizar lo sucedido, preguntándose por el motivo del extraño encuentro, propiciado por quién, supuestamente, debía odiarlo -“¿Quiso mejorar su imagen? ¿A los ojos de quién? De él mismo se me ocurre, negar sus felonías es un viejo recurso de los malvados. Para eso montó aquel bucólico ambiente, diría mi colega Freud de Viena. Por más que todo haya sido una tenebrosa farsa, debería tranquilizarme, estoy seguro de que no nos va a abandonar. De ahora en más, tendré que luchar con mi conciencia, ella es la que no me va a dar tregua”.

Con el paso de los meses, mientras aguardaban, los Bloch asistían, por un lado, a la cada vez más creciente violencia contra la colectividad hebrea austríaca, lo que no hacía más que resaltar el trato diferencial que recibían, como la nueva pintura del frente de su vivienda que efectuó la Gestapo para borrar, prolijamente, las señales que la identificaban como una casa habitada por judíos. Mientras tanto, los acontecimientos que sucedían en su entorno, no hacían más que aumentar los reproches con que se atormentaba Eduard. Familiares y conocidos fueron despojados de sus bienes y trasladados a algún sitio remoto en el este, pero ellos seguían en su hogar, sin que se les negara lo indispensable, permanentemente custodiados. Después de haber transcurrido casi un año, mientras continuaban inmersos en aquella situación aparentemente tranquilizadora, pero cada día más molesta, Eduard recibió una citación de las autoridades locales y concurrió al ayuntamiento. El funcionario que lo recibió le dispensó un trato áspero, pero se abstuvo de cualquier reproche, ciñéndose al trámite que debía cumplir, que consistió en la entrega de los pasaportes. Él, no bien abandonó la oficina comprobó que éstos tampoco exhibían la enorme “J” que distinguía a los documentos de los judíos.

Ya en su casa.

-No sé si alegrarme o avergonzarme, nos dieron pasaportes de *goim*.

-¡Por favor, no hables empleando esos sarcasmos! No tenemos otra alternativa que usarlos de inmediato, no vaya a ser que el maldito se arrepienta o empiece otra guerra. De ahora en más, sólo debemos buscar la salvación. No hay opción, no podemos ayudar a los demás, somos dos náufragos aferrados al bote que nos puede depositar en una playa.

-Te comprendo, pero yo, que pude ser el David de esta historia

y estos tiempos, en vez de tirarle la piedra al mortal enemigo, tuve un trato de viejos amigos con el Goliath que nos tocó.

Algo despectiva- Esa es una leyenda de hace más de dos mil quinientos años.

-Hubiese sido el ejemplo a imitar, una piedra o una bala, el destino de millones estaba jugándose ahí.

-Los judíos no tenemos un ejército o gente que use armas desde los tiempos de los romanos...

-Por eso somos víctimas inofensivas, pueden hacer con nosotros lo que se les antoje.

-Vos no te animaste, no tuviste la furia suficiente porque conservás algo de nuestros antepasados que eligieron no recurrir a la violencia. Eso nos da una estatura diferente, las armas se pueden apoderar del alma de la gente, lo estamos viendo con nuestros propios ojos. A nosotros no nos sucede, por eso no lo hiciste, no usaste el revólver que llevabas.

-Quizás en esa única ocasión, estaba totalmente justificado haberle disparado a ese energúmeno.

-En el futuro, cuando la tragedia actual, una de las peores en la historia de nuestro pueblo, sea asumida en toda su magnitud, podría ocurrir un cambio de actitud que permita ver a los judíos modificando su tradicional comportamiento. ¿Sabés, Eduard, tengo dudas de que eso pueda llegar a ser totalmente bueno?

Meditando la respuesta -Contaremos con tipos que no duden en matar cuando deban defenderse, o se trate de proteger a su gente.

-Si esa fantasía se cumple, tendríamos un nuevo problema.

-Cual.

-El que tantos padecen, saber cuándo hay que detenerse, no engolosinarse en el uso de esos juguetes mortales que, te lo acabo

de decir, tienen el poder de embrujar a los hombres.

-Por lo visto, a nosotros los hebreos no nos sucede.

-Hasta por ahí nomás, Eduard, ¿cuándo te reclutó el ejército imperial, no conociste militares, incluso oficiales judíos?

-Sí, pero fungían de austríacos.

-Es verdad, no hay un ejército judío. Si alguna vez eso llega a existir, tendremos la respuesta. ¿Nuestro pacifismo está dictado por las circunstancias o nuestra esencia es diferente?

-Mejor nos detenemos aquí Emilie: pueblo elegido, raza aria superior, son conceptos que, en estos momentos, sólo revelan la patraña que enmascaran, el veneno que pueden llegar a destilar -meditando mientras ella sigue atenta- lo que está pasando ahora en Europa con nosotros, no tiene comparación posible. Esto es peor que los pogromos en la Rusia zarista, está siniestramente impregnado de la meticulosidad y el orden germánico de un pueblo engegucido. En fin, cada nación tiene sus características, pero ninguno es superior, o está exento de defectos. El nacionalismo se ha convertido en un peligroso espejismo.

Después de la prolongada espera de los documentos, la gestión de los pasajes para poder embarcar hacia América en Lisboa, como lo había hecho la familia de su hija, se mostró engorrosa. El trayecto, que incluía un largo itinerario terrestre por el territorio del Reich alemán, la Francia recientemente ocupada y la España franquista, para, finalmente arribar a Portugal, semejaba un laberinto imposible de franquear. Cuando ya la impaciencia parecía adjudicarle un triste final a sus esperanzas, a fines del verano de 1940 recibieron por correo los boletos.

Era excepcional que se autorizase a emigrar a ciudadanos hebreos, pero en estos raros casos, esas personas debían someter sus bienes y pertenencias, de los que obligatoriamente debían

despojarse, a una tasación especial a cargo de la Gestapo. Por lo tanto, las propiedades inmuebles y todo aquello que dejaban, era arrebatado por “arios” ansiosos que pujaban por hacerse de esa ganga.

-Ahora tengo que ir al cuartel de estos que normalmente nos hostigarían, pero que a nosotros nos cuidan, llevando las escrituras y el detalle de todas nuestras posesiones de cierto valor, para que les pongan un precio. Seguramente les van a adjudicar una estimación ridícula.

-Haré un inventario de las joyas, la máquina de escribir que Franz nos dejó, los relojes, nuestra heladera, los muebles y alguna cosa más que en este momento se me escapa. Lo poco que nos den por todo eso, nos va a venir bien.

El lunes siguiente, un resignado Eduard recibió de boca del funcionario que lo atendió, en la oficina especial encargada de tales trámites, la sorprendente noticia de que ellos no estaban obligados a efectuar dicha gestión, podían vender normalmente todo aquello de lo que quisiesen desprenderse.

Emilie no salía de su asombro -No lo puedo creer Eduard, él dispuso que no se nos someta a más disgustos.

-Para variar, esta novedad, como, de un tiempo a esta parte, todo lo atinente a mi antigua relación, no sé si da lugar a la alegría o a un amargo reproche, pero no tenemos alternativa. Todo se hace de acuerdo a los caprichos de Adolf.

El empleado de la empresa inmobiliaria encargado de ofrecer la casa y el departamento de Franz y Gertrude, no dudó un momento, esos clientes que podían disponer libremente de sus bienes, no eran judíos. No faltó algún vecino que, disgustado, pretendió denunciar la irregularidad a las autoridades; pero lo convencieron de que se trataba de un caso especial y, sobre todo,

de que no le convenía ventilar la cuestión.

En pocas semanas no sólo estaban listos para abandonar la ciudad; ya desvanecida cualquier inquietud, trasladaron lo obtenido a la sucursal neoyorquina de un banco austríaco, sin que la operación fuese objetada.

II

A todo esto, Trude y su familia estaban luchando por adaptarse, no sin dificultades, a la sociedad estadounidense. Ni bien llegaron a ese mundo desconocido, con una mano atrás y otra adelante, buscaron la ayuda de instituciones de la colectividad en Nueva York, las que rápidamente les procuraron alojamiento en un hotel económico de Brooklin. Pocas semanas después, esas mismas personas le consiguieron a ella un empleo en una empresa que requería personal bilingüe, mientras sus hijos encaraban un veloz aprendizaje del inglés en una institución judía dedicada a auxiliar a refugiados europeos y Franz conseguía ser admitido como mero observador al hospital Mount Sinaí. Se iniciaba un período en el que los jóvenes y su papá asumieron, esforzadamente pero con entusiasmo, el aprendizaje del nuevo idioma. El más complicado era Franz, pues debía prepararse para sortear el difícil examen que lo autorizaría a ejercer su profesión.

No obstante ser escasos los ingresos de la familia, al poco tiempo la institución que los ayudaba les facilitó el traslado a un modesto departamento que les brindaba más espacio y privacidad que el hotel. Respecto a su humilde subsistir, el recuerdo del infierno que habían dejado en Europa, actuó como eficaz moderador de cualquier queja.

Todos encararon con decisión el desafío que les abriría las puertas de ese mundo diferente, al que percibían cargado de promesas. Les llevó algunos meses comprobar que se expresaban

con creciente facilidad, a pesar del acento que no podían disimular. Trataban de usar el alemán solo para referirse al pasado o a la situación de los abuelos. Para facilitar su adaptación, los chicos fueron admitidos en un colegio donde, antes de incorporarse a un curso normal, recibieron nociones de historia y geografía de su nuevo país; después se sumaron al mundo adolescente local que los recibió con cierto recelo. Al padre le llevó un año más que a los hijos sortear los obstáculos, pero, transcurrido ese tiempo intermedio, pudo comenzar a desempeñarse como miembro regular del plantel del hospital, contando con la ventaja del conocimiento de sus compañeros de labor que había adquirido en su pasiva asistencia anterior.

Los avatares de la persecución habían llevado a la pareja, que venía arrastrando un discreto alejamiento, a una relación desangelada durante los últimos años en Austria, lo que se agravó durante los episodios que llevaron a su abrupto exilio. En América, la nueva realidad pareció operar como un bálsamo que propició un lento reencuentro durante los tiempos de la adaptación, con Trude siempre dispuesta a ir en auxilio del necesitado de alguna traducción.

Los impedimentos económicos fueron paulatinamente superados y un día, sin previo aviso, Franz regresó a casa conduciendo un automóvil usado que había adquirido. Un ingrediente más que contribuyó a que el humor familiar, paulatinamente, lograra despojarse del clima tirante que lo había asediado.

Mientras festejaban la novedad -No sé porqué, de repente pensé en que me gustaría tener aquí a papá y mamá -dijo Trude.

Franz la abrazó -Por lo que escriben no lo están pasando tan mal, siguen viviendo en la vieja casa de Linz.

-¿De qué les sirve retener a dos viejos? -Pensativa -¿Nos dicen

la verdad, o nos ocultan lo que están sufriendo para no afligirnos? Las noticias que llegan a través de las pocas personas que logran salir de Alemania, me llenan de miedo y ansiedad.

Cuando la situación parecía condenada a un eterno congelamiento, Trude, ansiosa, le comunicó una inesperada novedad a Franz, en la intimidad del dormitorio.

-¡Cuando volví de la oficina, encontré una carta de papá en el buzón!

Con inquietud al advertir la cautelosa actitud de su esposa-¿Qué dice?

-Que les entregaron los pasaportes y están tramitando venir, pero que la guerra dificulta todas las gestiones -balbuceó, mientras unas lágrimas caían por su mejilla.

Entre animado por la noticia y perplejo-¡No dejo de alegrarme, es una perspectiva inesperada, fantástica! ...No obstante, me suena raro, extraño, que esa gente permita viajar al exterior a dos judíos -comentó Franz.

-Sí, más que raro, insólito. Pedirles que sean más explícitos sería peligroso.

-Poco podemos hacer, salvo tratar de no desesperarnos porque nada lograríamos. Tenemos que proteger a los chicos, no les comentemos la noticia hasta que estemos mejor informados.

Debieron guardar el secreto durante un tiempo que se les antojó interminable, hasta que recibieron el telegrama que llegó desde Lisboa. Dieron rienda suelta a la alegría con cautela; a partir de ese momento toda la familia compartió la zozobra motivada por el peligroso cruce del Atlántico que los mayores estaban a punto de encarar.

-Nosotros navegamos antes de la guerra, ellos lo harán en estos momentos, es un gran riesgo, me da miedo -dijo Joanne casi a

bocajarro, apenas supo la inquietante novedad.

-Si miramos las cosas con frialdad, bien sabemos que es la mejor alternativa, la única. Viajarán en un barco español con su bandera, enorme, pintada en ambos flancos. Ese, por ahora es un país neutral -dijo Franz, procurando, al explicar lo que todos sabían, llevar algo de tranquilidad a su familia, y a él mismo, ¿por qué no?

-El nuevo gobierno de ese país es fascista -afirmó Trude.

-Sí, pero de momento España no es beligerante. Después de la horrenda guerra civil que soportó, está casi en ruinas y pasando hambre, poco le podría aportar al Eje que, supongo, estaría tranquilo si su flamante dictador logra someter a sus propios ciudadanos. Ocupemos el tiempo pensando en la recepción que les vamos a dar -concluyó Franz y nadie sintió motivos para contradecir una propuesta que les brindaba alivio.

Durante los febriles días que siguieron, la familia se esforzaba, invirtiendo tiempo y afanes, cada uno a su manera y dentro de sus posibilidades, procurando averiguar las novedades disponibles sobre la suerte corrida por los navíos que transitaban aquellas peligrosísimas aguas. Trude consiguió el mejor contacto, se trataba de un alto oficial de la marina que había intervenido en la venta de ciertos motores navales que la empresa donde ella trabajaba, había exportado a Suecia. Esa persona, enterada de los motivos de ella, le proporcionó las mejores informaciones sobre la trayectoria del Marqués de Comillas, hasta que le advirtió de que el buque había alcanzado las aguas territoriales de los Estados Unidos.

Bonita sorpresa se llevaron Trude y Franz cuando, después de aguardar horas, constataron que los padres de ella no se contaban entre los pasajeros que habían desembarcado y nadie daba información alguna sobre su paradero.

-¿Estarán enfermos, tuvieron un accidente? -atinó a decir Gertrude, presa de una creciente preocupación.

-Esto es muy raro. De ser así, nos hubiesen buscado, habrían preguntando por familiares de las personas afectadas. Parece que se hubieran esfumado.

Peores fueron el disgusto y el desconcierto cuando Franz consiguió, gracias a los buenos oficios de un médico militar, averiguar el destino de sus suegros, en momentos en que parecían inútiles los esfuerzos que ambos hacían en diversos ámbitos. Sólo pudo saber que se encontraban en la ciudad, pero retenidos por el *Office of Strategic Service*.

No habiéndose animado a informarles telefónicamente, él aguardó hasta la noche para poner a la familia al tanto de la insólita novedad que dejó inmóviles y aturdidos a sus hijos, y paralizada, con la boca abierta a su mujer, que tardó en reaccionar.

-¿Cuál puede ser el motivo para que los hayan detenido? -logró preguntar Trude, angustiada, cuando pudo recobrase ante semejante impacto.

-Imposible saberlo, están aquí, no deja de ser una buena noticia -trató de consolarla Franz.

-¿Los abuelos implicados en algo raro? -reflexionó George en voz alta.

-¡Creo que eso es imposible! -respondió su madre- un pacífico médico jubilado y su señora, por lo tanto ambos mayores.

-¡Qué extravagante! -insistió Franz, incrédulo.

-Sin embargo -agregó Trude, más preocupada aún- nunca dejó de sorprendernos que a través de sus cartas se los notara tranquilos y seguros, cuando lo lógico es que estuviesen desesperados por la persecución y el maltrato. Además, es incomprensible que, cuando ningún judío lo logra, hayan conseguido el permiso para viajar.

-Consignar en una carta la verdad sobre lo desagradable que les estaba sucediendo, hubiese sido detectado por la estricta censura que allí impera. Jamás hubiésemos recibido esa correspondencia y ni pensar en las consecuencias. Tu padre es un tipo demasiado inteligente para intentar semejante tontería, pero la tranquilidad que se esforzaban por transmitir, eso sí que suena raro -murmuró quedadamente un desconcertado Franz.

III

El día anterior a aquel en el que abandonarían la que había sido su casa durante décadas, Eduard se sintió invadido por confusos sentimientos.

-Aquí nos instalamos y vivimos felices durante tantos años, tuvimos a nuestra hija... el trabajo en el consultorio con sus alegrías y tristezas, me dio satisfacciones, seguridad en la vida y el reconocimiento de tantos pacientes...

-Hoy, buena parte de esos vecinos, si me ven por la calle no me saludan, miran para otro lado. ¿Cuántos de ellos, si hubiesen tenido las cualidades, la tenacidad, la falta de escrúpulos y el instinto sanguinario de tu famoso Adolf, no ocuparían gustosos su lugar? Durante el viaje debemos aparentar ser unos perfectos austríacos, tratando de que nadie sospeche algo distinto de nosotros.

-En ese sentido nuestro aspecto nos favorece, las figuras que difunden los que nos aborrecen representan a nuestros correligionarios de Europa Oriental, a algún árabe, o quizás a un armenio.

-¡Esa puede haber sido, Eduard, la pinta de Jesús, al que ahora adoran transfigurado en un rubio o un pelirrojo de facciones perfectamente europeas! Necesitan verlo así porque odiar, se odia a los diferentes.

Sintiéndose protegidos por sus documentos arios, entregaron, disimulando su desconuelo, la mañana siguiente, las llaves de la propiedad a los nuevos dueños. Después se trasladaron en un taxi a la estación ferroviaria para encarar la larga travesía por países

ocupados por el Reich o meramente cómplices.

Antes de abandonar aquel continente soliviantado, plagado de soldados alemanes, debieron pernoctar dos noches en Lisboa, aguardando la partida del barco español en el que viajarían.

-Este hotel ni de lejos tiene los lujos del Eden, pero es muy parecida la molestia que me provoca la exagerada afectación de los que nos atienden.

Muy seria -La dictadura que padecen los debe haber ablandado, todos se comportan como niños sumamente educados. La evidente pobreza que parece imperar, se conjuga para fomentar el servilismo. Por momentos, siento que nos convertimos en protagonistas de un baile de disfraces en el que nos toman por lo que no somos. Me resulta imposible disfrutar semejante equívoco, vivimos en el mundo de la duplicidad.

-¡Una situación ambigua a más no poder! Los demás nos deben ver como dos viejos que, por pertenecer al bando de los vencedores, se permiten el lujo de viajar a su antojo, cuando, en realidad, estamos huyendo de esa gente que aplasta a Europa.

-Darnos manija no hace más que torturarnos inútilmente, Eduard. Busquemos algún sitio donde comer, he visto algún restaurante que, a pesar del racionamiento, está abierto.

Después de haber degustado sendos platos que incluían pescado y saboreado un vino clarete, concluyeron disfrutando de un postre, para ellos desconocido, constituido por una base hojaldrada y crocante, cubierta de una exquisita crema amarilla. Retornaron a su alojamiento, satisfechos y sorprendidos.

-Tenías razón, Emilie, el dinero abre las puertas; aun en estas circunstancias comimos como reyes en un establecimiento semi-vacío, situado en una ciudad de un continente en guerra, que está poblada por personas que no ocultan su tristeza.

-No la están pasando bien, pero, por ahora, el conflicto no llegó a su territorio.

-Este país que supo ser aliado de Inglaterra, actualmente, con los fascistas en el poder, apoya a los que exhiben ideas afines. Pensemos en cómo aprovechar el día que nos queda y ahora, de paso, busquemos algún bar abierto, he olido el café que sirven, no me cabe la menor duda de que es verdadero.

El barco los devolvió a la realidad. Luego de acomodarse en el camarote, debieron dirigirse al comedor para recibir las instrucciones pertinentes a una navegación riesgosa. Allí, otro pasajero le hizo una pregunta al tripulante que les estaba hablando, lo que les permitió saber que no eran los únicos que se expresaban en alemán.

Al día siguiente, caminando por la cubierta, al pretender saludar a las personas que compartían la travesía, se encontraron con respuestas frías, evasivas, salvo la del matrimonio que se dirigió a ellos con indisimulable complacencia.

-¡Qué suerte que vamos a compartir el viaje con ustedes! Los demás son americanos o franceses que no nos miran con buenos ojos -dijo la mujer que, adelantándose a su esposo, se presentó como la señora Krause.

-No nos perdonan el éxito, -agregó el marido sin disimular su satisfacción, para añadir su nombre- Peter.

Los veteranos asumieron que, como no podía ser de otro modo, esa gente los tomaba por austríacos inmaculados. Entonces, se esforzaron por sostener una conversación banal, hasta que los otros comenzaron a alabar al *Führer* y las maravillas que su gobierno proporcionaría al orgulloso *Reich*, empleando para ello un entusiasmo que no les permitió advertir la incomodidad que se había apoderado de sus interlocutores. Hasta que Emilie, harta,

aprovechó un momento de silencio, para emitir un breve comentario.

-Mucha gente está siendo perseguida en Alemania -dijo con gran naturalidad.

Disgustado, Peter Krause le respondió secamente -Salvo que seas judía o gitana, nadie te molestó en tu país, ¿verdad?

Cruzaron mudas miradas cargadas de interrogantes, allí, parados en la cubierta, hasta que Eduard tomó la iniciativa -Seguiremos nuestro paseo, un gusto conocerlos.

Una vez solos, Peter y su mujer expresaron su profunda contrariedad y confusión.

-No entiendo, judíos no pueden ser, vi sus pasaportes cuando los pidió el sobrecargo, son verdaderos alemanes.

-Tampoco hubiesen dejado viajar a gente contraria al partido, Peter.

-Deben ser religiosos, el viejo tiene pinta de pastor. Más les valdría evitar ese tipo de comentarios

Era obvio que el resto de los pasajeros, después de llegar a la misma conclusión a la que había arribado el matrimonio Krause antes del incidente con los Bloch, terminó optando, con desconfianza, por no contactar con ellos. Se limitaban a intercambiar discretísimos saludos, o a ignorarlos. Dos días después Emilie comentó con sorna.

-Salvo esa pareja de alemanes nazis, nadie intenta acercarse a nosotros, Eduard, además del idioma, el camuflaje que nos proporcionó Adolf funciona a las mil maravillas, menos mal que Trude y Franz nos esperan en Nueva York, por si hace falta aclarar nuestra condición.

-Si es necesario demostrar mi origen, me bajo los pantalones delante del personal de inmigración, -comentó Eduard ante una

estupefacta Emilie, para agregar -Que yo sepa, una salida parecida a la nuestra, sólo se le permitió al Dr. Freud, una persona muy destacada que pudo huir acompañado de una parte de su familia. Es público y notorio que, en ese caso, fue tal la presión internacional que lograron convencer a la maligna gentuza que ejerce el poder, de la conveniencia de ceder. Creo que no debemos intentar el contacto con ningún otro pasajero, el tripulante que habla nuestro idioma no parece interesado en tratar con nosotros, se da por satisfecho con haberse asegurado de que entendimos sus instrucciones.

De ahí en más disfrutaron del monótono panorama marino, hasta que vieron dibujarse a lo lejos las siluetas de los rascacielos, a pesar de la confusión que prestaba a esa percepción el mimetismo de un cielo encapotado poblado de majestuosas nubes. Poco después, atracado el navío en un muelle de Ellis Island, fueron convocados al salón comedor para los trámites migratorios y aduaneros que, en esa época, contaba con el auxilio de agentes del *Office of Strategic Service*.

Esperaron sentados a la mesa que habían ocupado durante tantos días, mientras un altavoz llamaba a los escasos viajeros, reunidos por grupo familiar. Solo cuando únicamente ellos quedaron aguardando en el sitio, comenzaron a preocuparse. Inquietos, sólo atinaron a intercambiar comentarios, hasta que divisaron a dos personas que franquearon la puerta por donde se habían retirado sus compañeros de travesía, uno de los cuales se dirigió a ellos, empleando un correcto alemán, para identificarse como oficial de inteligencia. Tenía sus pasaportes en la mano y les habló sin vueltas.

-¿Cuál es el motivo por el que han viajado?

Eduard respondió -Nuestra hija y su familia están viviendo

aquí, en Nueva York.

-¿Son ustedes judíos?

Algo perplejo -Sí.

-¿Porqué esa condición no está aclarada en el documento?

-Es por un motivo muy especial, -se apresuró a decir, evidentemente fastidiado, sin ocultar cierto nerviosismo -Le puedo explicar.

-Lo escucho, *Herr Bloch*.

-Hace veinte años conocí a la familia Hitler en Linz, soy médico, todos ellos fueron mis pacientes, incluso Adolf, al que ahora pedí ayuda para emigrar. Él nos facilitó el poder hacerlo.

Luego de un breve diálogo entre los desconfiados inquisidores, incomprensible para los que pretendían desembarcar, el que les hablaba mostró abiertamente su incredulidad-¿Se da usted cuenta que esa explicación nos parece inverosímil?

-Es verdad, pueden averiguarlo.

-Sí, mientras tanto se alojarán en un sitio vigilado.

Después de haber descendido del navío escoltados por los dos hombres, fueron introducidos en un automóvil y trasladados a un departamento discretamente custodiado.

Desde el día siguiente estuvieron sometidos a extensos y agotadores interrogatorios a cargo de diferentes inspectores policiales y psicólogos que trabajaban para el FBI. Las indagatorias, a cada uno por separado, en las habitaciones del departamento y en una camioneta sin ventanas que habían estacionado frente al edificio, vehículo por donde rotaban, se prolongaron durante una semana. Todo ese tiempo acosaron a Eduard con renovadas preguntas que incluían detalles sobre la familia Hitler y la conducta de Adolf durante su niñez y adolescencia, además de pormenores concernientes al cercano encuentro con el dictador. Él no mencionó el

asunto del revolver oculto. Concluida esta serie, los convocaron a reuniones donde, por momentos, los tres interrogadores sugerían conversaciones sobre temas banales referidos a su emigración, para, sin solución de continuidad, pasar bruscamente a demandar respuestas referidas a la situación política en Austria, anterior y posterior al *Anschluss* y a la realidad de los judíos en ese país.

El tratamiento a que eran sometidos fue haciendo perder la inicial serenidad a la pareja que comenzó a mostrar claros indicios de un incremento paulatino del cansancio y el desasosiego. Día a día les aumentaba el temor, ante la certeza del acecho de las nuevas demandas.

Los escépticos agentes del FBI también agotaron su paciencia y, la inicial incredulidad fue dando paso a una paulatina confianza

-O son actores superdotados o estos dos viejos nos dicen la verdad, Jimmy.

-Pienso igual, Tom, pero de todos modos tenemos que completar el protocolo. Te informo que lo que averiguaron sobre la hija, el yerno y los nietos no hace más que confirmar nuestras actuales presunciones.

Por último, los trasladaron a un edificio para someterlos a la prueba del detector de mentiras, mientras un equipo revisaba minuciosamente sus pertenencias, prolijo atropello del que los perjudicados no se percataron.

Los Bloch sintieron alivio cuando se sucedieron jornadas durante las cuales sólo tenían contacto con las personas que los aprovisionaban de alimentos, hasta que una mañana se presentó el detective que hablaba alemán para devolverles la documentación incautada, eran libres.

-¿Adonde quieren dirigirse? -les preguntó gentilmente.

Emilie se apresuró a contestar -A encontrarnos con nuestra

familia.

-Los llevo.

Aturdida-¿Sabe donde viven?

Eduard se apresuró a refutarla, ante el estupefacto policía -¡Ellos saben todo, Emilie! No perdamos el tiempo, juntemos nuestras cosas.

El traslado dio lugar a cierto sinceramiento.

-¿Cómo sabe hablar tan bien en alemán?

-Fue el idioma que escuché en mi casa desde que nació. Mis abuelos, que nunca llegaron a dominar el inglés, lo usaban en su vida cotidiana en Vermont y mis padres heredaron la costumbre. Después estudié la gramática en una academia.

-¿Es usted judío?

-No, pertenezco a una tradicional familia luterana.

El largo viaje que insumió más de una hora, contribuyó a sosegarlos, mientras miraban en silencio la desconocida ciudad.

Cuando el vehículo se detuvo frente a un edificio de departamentos, ubicado en una calle tranquila, se apearon. En la vereda, el que los había transportado les alcanzó las valijas y les recordó la ubicación exacta de la vivienda de su familia, para despedirse, dándoles apenas tiempo para expresar un apresurado agradecimiento.

Salieron del ascensor en el noveno piso y, temblando de emoción, una vez frente a la puerta indicada, Eduard accionó el timbre. La adolescente Joanne quedó petrificada durante unos segundos cuando reconoció a sus abuelos. Volvió en sí para abrazarlos y comenzar a gritar, anunciando la novedad a George que estaba estudiando en su cuarto.

A medida que fueron recuperando la calma, los nietos les informaron acerca del desconcierto de sus padres que habían ido

a recibirlos a la estación marítima. Les contaron que, como no aparecieron por el pasillo que servía a los viajeros, preguntaron por ellos en la oficina de la empresa naviera, pero nadie supo darles noticia alguna. Luego agregaron que, partir de ese momento, sólo pudieron saber, después de mucho batallar, que habían sido demorados por el servicio secreto.

La imperiosa pregunta de Joanna fue inevitable -Opa, Oma ¡¿Qué pasó con ustedes, qué hicieron, dónde estuvieron?!

La respuesta de Emilie, que no terminaba de besarlos, les resultó a sus nietos, terriblemente insuficiente.

-Nada demasiado malo nos ocurrió, estamos bien, contentos de verlos tan crecidos. Tengan paciencia, cuando lleguen sus padres conocerán el motivo que demoró nuestra admisión en este país, porque esa es la verdad, nos retuvieron durante este tiempo, pero no hay que alarmarse, no nos maltrataron. Es mejor que no les avisen que hemos llegado, déjenlos volver tranquilos.

Trude pareció estar a un tris de desmayarse cuando, al entrar en su casa, divisó Emilie y Eduard charlando con sus hijos, cómodamente instalados en el living. El comportamiento de Franz ante la grata novedad, como era esperable viniendo de él, fue mucho más mesurado, aunque no dejó de lado las demostraciones de alegría y cariño, repartiendo besos y abrazos. Una vez que la familia se tranquilizó al comprobar el buen humor y el aparente bienestar de los que, milagrosamente, de improviso se habían dejado ver, surgieron las insoslayables preguntas. Joanna tomó la iniciativa, ganándole de mano al resto.

-¿Cómo llegaron hasta aquí, donde estuvieron durante tantos días?

-Agentes del servicio secreto nos alojaron en un departamento de cuya ubicación no tenemos idea. Hoy, uno de ellos nos dejó

en la puerta.

Trude, alarmada-¡Qué raro! ¿porqué hicieron eso con ustedes?

Intrigante fue la parca respuesta de Eduard -Es una larga historia.

-Tu papá fue el médico de Hitler -Emilie, sintiendo la necesidad de no demorar la explicación, lanzó, sin preámbulos, el anuncio, la bomba que sacudió a su auditorio.

Franz, atónito-¿Nos están tomando el pelo?

Fue el momento que Eduard aprovechó, con notable parsimonia, para dar comienzo al relato de su antigua relación con aquella familia de Linz. Después empalmó con la pormenorizada narración de su viaje, entre gallos y medianoche, a Berlín. Luego siguió con los detalles de la tranquila entrevista con Adolf y finalizó describiendo, compungido, su incapacidad para usar el revólver que llevaba escondido. Como los demás no atinaban a emitir palabra alguna y sus gestos sólo mostraban rostros petrificados de personas que iban de asombro en asombro, Emilie, acudió en auxilio de su marido. Ella contó los sucesos que brindaron cierta tranquilidad a sus vidas durante aquel aciago período: la aparición de vigilancia a cargo de las SS alrededor de la casa, pocos días después del despacho de la carta y la simultánea autorización para prescindir del uso obligatorio de la estrella de David. Luego habló de la pintura con que operarios enviados por la Gestapo, habían borrado las inscripciones que señalaban la vivienda como una propiedad judía, de la resolución que les permitió vender sus cosas al precio del mercado, de la concesión para transferir el dinero al exterior y, por último, de la entrega de documentos desprovistos de la fatídica “J”. Ante la inaudita descripción, el silencio del auditorio familiar se espesó.

La opresión reinante fue rota por Franz, quien atinó a decir,

sacudiendo su cabeza, mientras miraba fijamente a sus suegros -¡Tenían razones más que suficientes para desconfiar de ustedes, lo que están diciendo, en vista de lo que sucede en la Europa ocupada por los nazis, parece el truculento relato de un cuento infantil de cuarta categoría, plagado de maravillas sobrenaturales!

Emilie respondió, algo indignada-¿Desconfiás de nosotros?

Un cerrado mutismo separaba a los breves, y por momentos filosos parlamentos, era difícil decir o agregar algo a lo que estaban escuchando.

Minutos después, Trude preguntó, no sin dificultad-¿Cómo puede ser que no me haya enterado antes?

Emilie-Yo sólo tenía un vago recuerdo de que, más de veinte años antes, tu papá los había atendido. Él se guardó todo, hasta que un día, llena de dudas y miedos por nuestro futuro, le mencioné aquel antecedente. Entonces él me dio más detalles y perdido por perdido, llegamos a la conclusión de que valía la pena correr el riesgo de pedirle ayuda a ese salvaje.

--Eso quiere decir que se convirtieron en algo que podría ser llamado: los judíos protegidos de Hitler -dijo Franz alarmado, cáusticamente.

-¿Los del servicio secreto creyeron esa historia? -atinó a murmurar Trude.

-No nos dieron tregua durante días, hija, nos acosaron con preguntas, trataron de confundirnos, hasta nos conectaron a una máquina que, según parece, sirve para detectar cuando alguien miente al responder -explicó Eduard- Fue muy duro todo eso, pasamos la prueba y aquí estamos.

-Seguramente también nos vigilaron a nosotros -comentó Franz preocupado.

-Si estamos aquí juntos, tranquilos, sin que nadie nos moleste,

es que se convencieron de nuestra inocencia -dijo George aliviado.

-No podemos descartar que nos siguen espiondo -añadió su padre.

-¡Qué van a descubrir! El reencuentro de una familia cuyos integrantes siguen cumpliendo sus rutinas habituales: estudian, trabajan, compran comida, pasean, nada sospechoso -sostuvo George con tal convicción que reanimó a su madre.

-Pongámonos en marcha. Vaciamos la habitación que hasta hoy usábamos para guardar cachivaches, por el momento servirá de dormitorio, estableció Trude. Uno de los chicos se mudará allí -continuó la feliz hija, repentinamente decidida y entusiasmada.

-Que usen el mío que es más grande -reaccionó Joanna de inmediato.

La actividad de los que habían recibido a la parentela extraviada, se contagió, poco después, a los recién llegados que procedieron a abrir las maletas, para retirar las prendas que se aprestaban a colocar en el sitio que les iba dejando la nieta, luego buscaron los modestos regalos comprados en Portugal. Llegada la noche, disfrutaron de la cena sentados alrededor de la mesa, pero seguían imbuidos aún por una molesta incredulidad teñida de temor que, aunque había sido atemperada por el whisky con el que brindaron antes de empezar a comer, parecía empecinada en rondarlos.

Trude y Franz se sorprendieron, la siguiente mañana, cuando encontraron a los padres de ella esperándolos sentados frente a la mesa de la cocina.

-Hola, ¿pudieron dormir?

-Unas pocas horas, hija. Relajarnos llevará tiempo. ¿Cómo tratan aquí a judíos que escaparon de la persecución?

Trude, no del todo repuesta de tanta conmoción, fue respondiendo mientras preparaba el desayuno

-No puedo quejarme, en la empresa donde trabajo nunca me hicieron sentir incómoda por eso, al contrario, mis compañeros de oficina e incluso los jefes, me han interrogado acerca de nuestra experiencia en Austria, se han sentido horrorizados ante mis relatos y dieron muestras de comprensión y solidaridad.

-¿Hay algún judío allí? -escupió Eduard a boca de jarro.

-De los veinte que trabajamos en mi sección, solo uno lo es, papá.

Eduard -Lo que nos puede señalar, distinguir del resto, antes no me preocupaba, ahora me obsesiona, ya se me pasará, supongo.

-En este barrio viven muchas familias judías y no pocos comercios anuncian sus productos o servicios en idish, además del inglés -aclaró Trude.

Como el silencio acompañó a su explicación, ella prosiguió -Ninguno de nosotros recibió formación religiosa, por eso desconocemos el significado de las letras hebreas. En estos momentos, a mi me reconforta que se exhiban públicamente, a pesar de no entenderlas. Me transmiten seguridad. Está claro que aquí debe haber antisemitas, como en casi todos lados, algunos con gran poder económico o político como Ford, el fabricante de autos, o el extinto Thomas Edison el inventor de la lamparita eléctrica, reverenciado en este país. Grupos que aquí son minoritarios discriminan a los que no son *WASP*: blancos, anglosajones y protestantes. Los que lo pasan peor son los negros, sobre todo en el sur.

Eduard desvió la conversación.

-Se nota que los chicos entienden el alemán, pero lo emplean de una manera rara.

-Mucha gente mayor de la zona sigue hablando al que consideran su idioma materno, otra vez el idish, hecho que por un lado ayuda a la mutua comprensión, y por el otro confunde a mis hijos

que interactúan con los de ellos.

-Lo escuché en Linz alguna vez, suena rarísimo -dijo Eduard.

-Es una mezcla extraña de alemán antiguo con ruso, polaco o hebreo.

Los primeros tiempos me chocaba, pero no puedo negar que me servía cuando era yo la que no comprendía alguna palabra del inglés americano o el *slang* de alguien que me hablaba. Yo lo decía en alemán interrogando a mi interlocutor, y la mayoría de las veces saltaba la similitud. Poco a poco comprendí que, en general, buena parte de la diferencia está en el acento y las vocales -explicó Trude.

-Así se forman los idiomas, el inglés tiene muchas palabras latinas, algunas de ellas introducidas por Guillermo el Conquistador hace siglos, el alemán tampoco se salvó de la mezcolanza -comentó Franz que regresaba de afeitarse.

-A nuestra edad nos costará, pero algo aprenderemos. Lo importante es que, aquí estamos -dijo Emile, mientras se levantaba para besar a su hija.

La incorporación de Emilie y Eduard a la nueva realidad fue gradual y sin sobresaltos, afianzándose cuando se instalaron en el departamento que pudieron adquirir en un edificio cercano. Eduard fue citado por las autoridades en dos oportunidades, sólo para conocer detalles, antes dejados de lado, de la adolescencia y juventud de Adolf. Con el tiempo cesaron por completo los controles sobre las actividades de esa familia.

Poco menos de un año después, al mismo tiempo que se producía el ataque japonés a Pearl Harbor y los Estados Unidos se implicaban en la guerra que devastaría a Europa, el lejano Oriente y el norte de África; los miembros de la familia de Eduard Bloch, con mayor o menor éxito, se integraban a la nueva sociedad, expe-

rimentando un proceso que afianzaba una paulatina estabilización a sus trajinadas vidas.

IV

Eduard Bloch, carcomido por un tumor, meditaba postrado en la cama de un hospital durante los períodos en que la morfina le permitía estar lúcido, momentos en los que recobraba una aguda clarividencia: “Mi arrepentimiento es inútil, debí hacerlo, sin medir las consecuencias, pero, desgraciadamente, el pasado no puede modificarse”. Estaba internado, transitando las últimas semanas de su vida, recibiendo solamente la medicación destinada a calmar los intensos dolores. Totalmente consciente del final que se aproximaba, al despabilarse no podía evitar volver, incansablemente, sobre aquellos hechos que habían arrasado con los judíos de Europa, sintiendo que lo señalaban sin piedad. Por esos días se iban conociendo cada vez más detalles que no dejaban la menor duda respecto a la magnitud de la catástrofe acontecida.”Creo que fui el único que pudo evitarlo, estuvo en mis manos terminar con ese tipo. Aunque aquello haya sido una decisión del azar obrando en un ámbito propicio, debido a las incontrolables circunstancias, vivo mi calvario al percibirme como un sobreviviente privilegiado. O todo fue consecuencia del capricho de un feroz tirano que, aquejado de un cambio de humor, súbitamente se transformó, durante nuestra entrevista, en un ser que emanaba camaradería. O fue un súbito impulso el que se apoderó de ese villano y lo llevó a fingir bondad, que vendría a ser lo mismo. Eso contribuyó a terminar con mi escaso atrevimiento, sembrando una culpa insuperable” “Las decisio-

nes fundamentales que tomamos en determinado momento de nuestra vida, esas que señalan el destino, se trate de un problema personal o de uno que puede afectar a mucha gente, no las revestimos, en tal instante, de su tremenda importancia, o no las meditamos con la consideración y el cuidado que merecen. O, peor aún, simplemente nos la ingeniamos para lograr restarles la trascendencia que en realidad tienen, trascendencia que, tarde o temprano, inevitablemente nos afectará. No puedo dejar de sentir que quizás esa indecisión, ha sido el acto más importante de mi vida. Ahora, con la información disponible que asegura que, acorralado, Adolf se suicidó, los acontecimientos no hacen más que profundizar mi conmoción. Me pesa la felicidad que tuve en América, el haber gozado de mis nietos, de una familia viviendo tranquila y segura. Me duele el recuerdo de mis compatriotas disfrutando de victorias a las que soñaron sólidas y duraderas, estúpida quimera que los llevó a encontrarse, no mucho después, con la amargura de una derrota total mucho peor que la anterior, con millones de muertos, con las ciudades destruidas pobladas, apenas, por sobrevivientes hambrientos y desesperados” “¿Qué nos conduce a la ceguera, a cebarnos en el instante, sin prever las consecuencias futuras?” “¿Por el contrario, qué guía y fortalece al que actúa motivado por la sana y justificada valentía?” “¿Qué pierde al que se deja llevar por un demencial, o criminal arrojito? La vida debería ser sagrada, después de todo es nuestro máspreciado tesoro, el insustituible. No encuentro las respuestas a tantas tribulaciones, la esencia de ellas me supera” “¿Cómo será el mundo que no voy a ver? Sin duda alguna Alemania y Austria, juntas o separadas, verán, lentamente, cicatrizar a sus heridas, y surgirán generaciones que volverán a bailar los vals de Strauss en Viena, pero, ¿habrán aprendido algo de este descenso a los

infiernos? ¿Se revestirá a los diferentes por lo que sea, el color de la piel, las costumbres, la cultura, el idioma, las opiniones, y sobre todo la religión, de supuestos atributos satánicos que les quiten el valor como personas y se volverá a sentir, otra vez, que está permitido, por alguna de esas razones, martirizarlos y hasta eliminarlos? Yo, que me reprocho el pecado de no haber tenido el ánimo necesario para asesinar, me lo pregunto” “Después de todo, ante la inevitable partida, creo tener derecho a rescatar los buenos momentos, las alegrías sin culpa que supe vivir, ese es, sencillamente, el secreto que conduce al bienestar, no el cumplimiento de los deberes impuestos por los malignos poderes que pueden llegar a controlar la sociedad, el dominio con el que algunos hacen sucios negocios que, lo he visto, justifican la muerte de otros, las atrocidades. No debería haber otros, solo debería usarse el nosotros, por eso me redimen y complacen los años que dediqué a asistir a tantos semejantes. ¡Qué lejos queda la paz para esta sociedad enferma!”

El vigésimo tercer mandamiento que, presuntamente, Dios le transmitió a Moisés, contiene sólo dos palabras: “No asesinarás”. (Porque matar animales para satisfacer el hambre está permitido).

Ver foto en la siguiente página



El Dr. Eduard Bloch en su consulta. Foto tomada en 1938 por orden de Martin Bormann para el archivo personal de Hitler. Imagen: Bundesarchiv, Bild, en Wikimedia Commons.



EDITORIAL

COLECCIONES

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el Siglo XXI